

Sergio Farrás

A propósito de la vida
(*El último caballero*)

¡2ª EDICIÓN!



© Sergio Farrás Bas, 2007
demarcoliteratura@hotmail.com

mayo 2007

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
a través de cualquier medio sin el permiso expreso
del propietario del copyright
Todos los derechos reservados

ediciones Marré
Oliana, 19 — 08006 Barcelona
Tel. 93 200 85 23

Printed by Publidisa

ISBN 978-84-96484-71-9

Depósito legal: B-28592-2007 Unión Europea

Impreso en España

Por un sendero, que conduce a una vereda de estrecho y poco trillado, donde Dios, con buena fe, intenta que cultura y mercadería hagan comunión. Libros esparcidos por el suelo, amontonados como chatarra, desordenados y sin clasificar, de todo tipo de géneros y temas de lo más divertido que descansan en paz muy a su pesar. Historias contadas con ternura que pertenecen ya al recuerdo, sentimientos almacenados, vibraciones y sensaciones de la vida, plasmadas con letra de imprenta antigua en un viejo papel que sólo el aire acaricia. Unos metros más abajo, un hombre de unos treinta años pregunta:

— ¡Jefe!, ¿a cuánto los libros?

— A dos euros, tres por cinco euros.

Los mercadillos y los rastros son perfectos oasis en un desierto de lo usado para los intelectuales, y los que sin serlo, les place el leer. Libros esparcidos por el suelo, a veces con desprecio, a veces por ignorancia, que cuentan mil y una historia todas ellas llevando alguna verdad. Las revistas subidas de tono son más caras. Las revistas subidas de tono valen cuatro euros. Los clásicos, premios literarios y otras obras dignas de leer sólo valen dos euros. Las buenas novelas hace tiempo que ocupan otros lugares en los ambientes de los mercaderes de lo usado.

— ¡Jefe!

— ¿Qué?

— ¿Si me llevo diez me los deja a un euro cada uno?

— Vale.

Los mercaderes de libros usados del mercadillo y rastro de Barcelona, no suelen regatear mucho tratándose de libros. Sólo regatean al alza con las revistas subidas de tono y si se les pide un escritor concreto. Se comprende, que el simple interés por un autor ya cotiza.

— ¡Jefe!

— ¿Qué?

— ¿Tiene algo de Federico García Lorca?

— No sé. Todo lo que tengo está por ahí. Si buscas, seguro que algo encuentras.

Los mercaderes de libros de mercadillo y rastro no suelen calibrar mucho en esto de los autores. Cuando no los conocen, te hacen re-volver en una basta montaña de libros, por si acaso se tercia lo que se busca. Así, de esta manera, quedan bien y parece que entienden.

— ¡Jefe!

— ¿Qué?

— ¿Si me quedo con toda la remesa me los deja a un euro?

— Bueno, pero sólo los que todo son letra y que no tienen fotos, ¿eh?

El mercader mira de reojo a un joven adolescente con cara de indeciso y probable pecador compulsivo en sus horas libres. En los mercadillos del rastro, uno se puede meter en más de cien mundos buscando la ilusión de la palabra. Una palabra usada, que no es virgen, pero que sigue siendo pura como el primer día. Los libros de mercadillo y rastro, lo más probable, es que fueran adquiridos por primera vez por alguien que verdaderamente sabía lo que quería leer. Luego, lo revendió, lo olvidó o se lo dejó a alguien que nunca se lo devolvió. Y acabó en mercadillo y rastro a dos euros, tres por sólo cinco euros. Los libros usados tienen su encanto. Uno, se imagina por pura lógica que ya han sido leídos. O si más no, ojeados. Han pasado por otras manos. Algunos tienen más de cincuenta años. El libro, si es usado y antiguo desprende ese aroma del paso del tiempo. Ese aroma gastado y amarillento donde parece que la historia que se cuenta todavía tuviera vida. El libro nunca muere. Se amontona, se deja a la intemperie, cae en manos ignorantes. Pero nunca muere.

— ¡Jefe!

— ¿Qué?

— Nada. Ya pasaré la semana que viene.

— Bueno, como quieras.

Ramón Cárdenas Murias, todavía recuerda que un buen día hace tres años cansado de casi todo, decidió retirarse y hacerse monje y religioso. Ramón Cárdenas no tenía amores ni un trabajo fijo que le frenara en su decisión, tenía ganas de encontrarse a sí mismo y aprender las verdaderas cosas de la vida. Ese tipo de cosas que se aprenden sólo en ciertos sitios y que no salen en los

libros. Ramón Cárdenas tenía ganas de encontrarse con Dios, cara a cara. En los monasterios, Dios suele estar más cerca, más accesible. Ramón Cárdenas Murias se fue a un monasterio de noche y con alevosía, como un caco. Dejó lo poco que tenía para dedicarse a una vida de contemplación, una vida religiosa, cabalgando entre la teología y la filosofía que no necesariamente siempre se dan la mano. Aunque sabía perfectamente que estudiar filosofía no le haría Filósofo. Para ser Filósofo se ha de aprender a filosofar. Lo mismo pasa con la teología, uno puede ser el más sabio e iluminado de los teólogos y luego irse de copas con el diablo. Es una cuestión de fe; o se cree o no se cree. Para ser un buen cristiano no es necesario ser teólogo, ni filósofo, ni panadero, ni mecánico. Ser cristiano está al alcance de todos siempre que se crea. Si no se cree, apaga y vámonos. Ramón Cárdenas empezaba a ser escritor de novelas sin darse cuenta. Un escritor místico y solitario que rechazaba los placeres del cuerpo para dárselos al alma. Ahora, Ramón Cárdenas ya no es monje. Lo dejó. Ahora, Ramón Cárdenas es aspirante a escritor de novelas, compra libros usados cada sábado por la mañana en el viejo rastro de Barcelona. Compra muchos; total, sólo valen dos euros. Ramón Cárdenas lee muchos libros. Así, se cultiva y compara estilos de otros maestros que le sirven para calibrar el suyo que es todavía un poco basto, porque le falla el eje principal aunque domina muy bien el conflicto. Ramón Cárdenas sueña que de aquí a pocos años ganará un premio literario y sus libros con el paso del tiempo acabarán esparcidos por el suelo y valdrán dos euros, tres por sólo cinco euros. Los libros no deberían de tener un precio fijo. El precio lo tendría que poner el que lo lee, que desde dos euros puede adquirir uno. Ramón Cárdenas, licenciado en filosofía, que un día perdió la fe, dejó la vida monacal y le dio por escribir novelas, tira del hilo de la vida como puede, y sus días transcurren del modo que prospera la vida del que acepta la soledad como una manera de vivir. Del hombre libre y solitario que afronta el riesgo de ser escritor. Ramón vive solo, más solo que la una, lo que le permite hacer correr la pluma con meditaciones, narraciones y ensayos varios. La soledad del escritor tiene un precio que no todos pueden pagar. El estudio habitación donde vive, en el barrio de Gracia de Barcelona, tiene lo necesario para sobrevivir. Una estantería llena de polvorientos libros, un ordenador antiguo, casi obsoleto, un poco de cocina y un poco de cuarto de baño con olor a humedad. Y un diccionario, siempre a mano,

que es la caja de herramientas de un escritor. Un escritor tampoco necesita demasiado para vivir. Ramón se siente un poco prófugo de la vida y lee libros a la luz de una lámpara que casi no ilumina. Ramón, aunque tiene más de mil libros, no los ha leído todos. Los ha ojeado todos, eso sí. Pero leerlos, lo que se dice leerlos, habrá leído digamos..., unos cien. A Ramón cuando escribe le cojea el eje principal pero es muy bueno con el conflicto.

Una tarde, ordenando su estantería con más de mil libros —cantidad ésta que se dice enseguida, pero habría que ver lo que ocupan mil libros— estantería tan desordenada que ya parecía de mercadillo y rastro. Y ordenando, le llamó la atención uno en especial que tenía las cubiertas de piel. Y se extrañó, porque más que un libro parecía un diario. Un diario donde alguien había puesto por escrito los días de su vida. Escrito a mano, con tinta de pluma y con letra redondilla. Cosa curiosa le pareció el hallazgo, pues supuso, que como compraba los libros a lotes por dos euros; tres por sólo cinco euros, se le habría colado por equivocación sin percatarse lo más mínimo. Era éste un diario no muy antiguo, finales de mil novecientos noventa, y titulado: A propósito de la vida, y entre paréntesis debajo con grandes letras, decía: El último caballero. Los diarios suelen ser escritos muy privados que nadie debería leer, pero la curiosidad de Ramón Cárdenas superaba todo tipo de éticas. Así que, abriendo el diario por el principio, se encontró con un prólogo que así decía: Esta es la historia de un hombre de espíritu solitario sin miedo a las sombras. Aquellas palabras penetraron hondo en el alma de Ramón Cárdenas.

Ramón, aspirante a escritor de novelas, va todos los días a una taberna que está detrás de donde él vive. Va todos los días. Allí, suele tomarse muchos cafés con leche y lee muchos libros. Además de leer y de tomar cafés con leche, es un poco como el director de unos cursos que se imparten en la misma taberna que él mismo llama: «Reuniones y tertulias para jóvenes escritores», donde junto con otros tres jóvenes aficionados a la literatura y al arte de escribir, dan rienda suelta a sus ideas narrativas y comparten estilos. Esa taberna, para él, es como una biblioteca pero más divertido. Las bibliotecas son muy aburridas para ir cada día. Como mucho, son para ir un día a la semana a consultar algo. Ramón, además de leer sus novelas favoritas y participar en

tertulias literarias en la taberna, conoce gentes sin interés particular pero que le inspiran, y toma nota de todo aquello que le pudiera servir para su novela. Una novela sencilla con gentes sencillas. Así, los personajes le salen más reales, más creíbles, más humanos.

La taberna tiene por nombre Cafetería bar Casa Paco, tapas y bocadillos, helados. Al menos eso es lo que figura en un rótulo que hay en la fachada y que encienden de noche. Por la mañana no lo encienden porque da mucho el sol y no se ve. Lo curioso, es que el dueño no se llama Paco, ni tampoco se venden helados. El dueño se llama señor Andrés. Es ya un tanto mayor y cojea de la pierna izquierda porque de joven había jugado al fútbol. Y un mal día, un defensa que le doblaba en cuerpo le partió, a saber, la tibia y el peroné. Él, siempre dice que había sido muy bueno jugando al fútbol, y que si no hubiera sido por aquel pedazo de animal de defensa, le hubiera fichado el Real Madrid. Él, era del Real Madrid, aunque llevaba cuarenta años en Barcelona. Los «culés» no le caían mal. Pero él, era del Real Madrid. La taberna no es gran cosa. Pero eso sí, muy concurrida y con una clientela muy pintoresca, tanto para los que están de paso como los que son más o menos fijos. Hay una barra hecha a escuadra y cartabón, muy larga, que va de punta a punta del local, en diagonal según se entra. Arriba, subiendo cuatro escalones, siete mesas preparadas para algunos comensales que de tanto en cuanto al mediodía tiran de menú. Casa Paco es algo más que un local destinado a la custodia y reparto de bebidas alcohólicas. Con sus gentes entrañables y curiosas, es un lugar de conversaciones triviales, de comentarios agudos, de filosofías varias, de gentes entrañables y sencillas. En la taberna Casa Paco, en hora punta el ambiente se respira humeante. Lo que más funciona es la barra y es importante tomar posiciones en esta zona. La barra y la terraza en primavera, porque está situada en una zona de paso. También hay mesas en el interior, pero son como pequeñas parcelas adquiridas por la clientela más fija, como de propiedad reservada.

Ramón Cárdenas se sienta en una mesa de la taberna y se pide un café con leche.

— ¡Hilario!

— ¿Qué?

— Un café con leche por favor.

Hilario, es el camarero de Casa Paco. Es un camarero que le queda poco para cumplir los cuarenta. Es un camarero muy quedón y vacilón. Pero es muy buen profesional. Después del señor Andrés que es el dueño, el que manda es Hilario.

Ramón saborea su café con leche, y recuerda como un buen día, le dio por dejarlo todo y tomar el camino del amor al silencio detrás de unos callados muros. Ramón estaba cansado de la vida que llevaba, se sentía vacío y hastiado. Se sentía cansado, y no acertaba con la fórmula del arte del saber vivir. Su familia pensaba que se había vuelto loco de remate y que había perdido el juicio, que eran manías y delirios suyos y que no se acababa de adaptar a la sociedad, a la siempre difícil y compleja sociedad. Decidió recorrer los monasterios de España de norte a sur, y de este a oeste, conociendo varias órdenes religiosas; Trinitarias, Dominicas, Clarisas, Carmelitas, Jesuitas..., Ramón Cárdenas quedó sorprendido por lo diverso y desigual de órdenes religiosas a que se puede uno acoger. Él, quería encontrarse a sí mismo, buscarse a sí mismo porque llevaba algunas espinas clavadas en el alma y le dolían como alambres que le pinchaban, se sentía usuario de la vida y quería mirar a los demás a través del ojo de la cerradura, ver y no ser visto, observar y no ser observado.

Por lo tanto, se fue a los monasterios con la provisión justa, una Biblia que nunca había leído, unos cuantos libros de filosofía y muchas cuartillas en blanco dentro de una vieja maleta con la esperanza de llenarlas de palabras empapadas de cristianismo, con las cuales, disiparía dudas de la razón de su existencia, buscando respuestas no siempre ciertas, como un ánima condenada. Ramón Cárdenas vivía el presente, porque tenía claro que uno no puede hacer proyectos de nada porque nunca salen, Ya que siempre es la vida la que te organiza. El día a día ya es el futuro. Eso de encerrarse en un monasterio era una idea que fue madurando hasta que se hizo realidad. Le dio un origen real, fue como si se tomara una excedencia de la vida cotidiana, un paréntesis en su existencia. Quizá, esta es la decisión más valiente que se pueda hacer en la vida, desconectarse de todo lo que nos han impuesto por

imperativo y que nos arrastra por agotadores caminos por donde andamos hacia la monotonía que agobia nuestros días.

En la taberna hay un reloj colgado en la pared. Un reloj que marca las horas de la vida. Las agujas del reloj de la taberna van rápidas y seguras. Las agujas del reloj corren que se las pelan. Las agujas del reloj siempre caminan hacia adelante, nunca hacia atrás. Los relojes van descontando las horas que nos quedan de nuestra vida. La vida es un mar de preguntas sin respuesta que nos angustia hasta el final de nuestros días. Los días pasan uno detrás de otro y las hojas del calendario caen sin piedad, sin pensar ni por un momento del daño que hacen. Los calendarios son inconscientes y no saben muy bien lo que hacen, es algo sistemático que no pueden evitar que pase. El reloj de la taberna es un guardián que va descontando el crédito de nuestras vidas.

Ramón Cárdenas, que sigue apurando su café con leche sabe, que cuando se escribe una novela se han de enumerar las páginas, porque sino, uno se lío y se pierde en un mar de folios donde acaba ahogándose en la propia historia que se está contando, y se hace unos líos espantosos porque no se acuerda de enumerar sus cuartillas. A veces, le da por escribir de carretilla, de un tirón, y no recuerda numerar las páginas, se le descuadran los capítulos y se lío el mismo unos tinglados de padre y muy señor mío.

Ramón se pide otro café con leche.

- ¡Hilario!
- Dime, Ramón, dime.
- Otro café con leche por favor.
- ¿Oye, Ramón?
- ¿Qué?
- La hoja que está en el suelo, ¿es tuya?
- Pues sí, ¿qué número tiene?
- No tiene.

Ramón es un hombre algo despistado y desorientado que navega contracorriente. A comienzos del siglo XXI donde todo se compra y se vende, donde todo se fusiona creando gigantes económicos que lo acaparan todo,

donde internet le roba tiempo al hombre y le quita horas de vida para acabar todos en lo mismo: en una página web sexual donde siempre acaban pidiendo dinero y donde miles de masturbadores se lo pasan la mar de bien. Ramón Cárdenas, todavía tira de pluma y folio en blanco antes de que sus palabras acaben en su viejo ordenador. Él, sigue el método tradicional de toda la vida de un aspirante a escritor. Él, tacha y subraya, arruga folios ya escritos y los tira a la papelera si no le convencen. Algunos se salvan porque él cree que valen la pena. No todo lo que escribe un escritor acaba publicándose, ni mucho menos. Hay miles, millones de historias que quedan inacabadas, olvidadas e ignoradas. Ramón trabaja muchas horas para acabar su obra, tiene fe y no se apaga. Ramón no piensa arrojar la toalla aunque tenga que pasar hambre. Él, quiere publicar, ¡vaya si quiere! Él, quiere salvar el libro, ¡vaya si quiere salvarlo! El siglo XXI comienza empujando fuerte económicamente y el dinero es la base de todo ser humano. “Tanto tienes, tanto vales”. Ramón quiere romper el tópico y se esfuerza día tras día con su ilusión literaria.

En la taberna a un cliente le suena el teléfono móvil.

- Diga. . . , diga. ¡Coño! me parece que he perdido la cobertura Hilario. ¡Ay, qué desgracia!
- ¡Uy sí!, de esta seguro que te mueres.

Los teléfonos móviles agobian cada día un poco más. Los teléfonos móviles suenan constantemente con musiquillas que dan risa. Los teléfonos móviles forman parte del vestuario social actual. Lo que un día fue un arma para un ejecutivo, es hoy un juguete para los niños. La gente puede hablar de vanas tonterías o dedicarse al espionaje, según las aptitudes y oficios de cada uno.

- Esto es un negocio, Hilario.
- ¿El qué?
- Los teléfonos móviles.
- Estáis atentados con tantas ondas y tanta tontería.
- ¡Y yo todavía sin cobertura, qué desastre.

Con los teléfonos móviles nos podemos enterar de la vida de los demás sin querer ni buscarlo. La gente chilla cuando habla y se mueve para buscar la

cobertura. La gente quiere estar en cobertura, nadie quiere quedarse al margen. A veces se roza el ridículo, y los hay que lo llevan como si llevaran un arma de fuego, parecen pistoleros. Con los teléfonos móviles uno se entera de la vida de los demás aunque no quiera. Los adolescentes se envían mensajes de amor con el teléfono móvil, se envían mensajes de texto. Ya no se envían cartas escritas a mano con corazones de posdata. Ya no se envían flores ni «no me olvides» de plata. La cosa es mucho más fría. La tecnología manda, marea y desorienta a la juventud que prefiere un distribuidor oficial a una floristería o a un libro de poesía.

La primavera avanza como es costumbre, alegre y decidida. La primavera suele ser puntual y no falla ningún año. En primavera, cada flor está en su sitio y se suelen ordenar las cosas, los sentimientos, las palabras, las poesías. En la taberna Casa Paco en primavera también se entrevé que algo está cambiando. Ramón Cárdenas se pide otra café con leche y empieza a leer aquel diario que encontró en mercadillo y rastro que se titula: A propósito de la vida (El último de los caballeros).

I

YO, DON FERNANDO

Diario de don Fernando Castro y Torres

De la misma manera que un monolito suele ser de piedra, un libro sólo puede ser de palabras. La palabra, herramienta que usa del que algo cuenta por escrito. La palabra, piedra angular de todo libro. La idea lleva a la palabra, la palabra lleva a la frase, la frase lleva a la oración, de la oración llega al fragmento. Ya todo esto, bien ordenado y bien atado llega el libro.

Poco le queda de vida al que escribe estas palabras de su puño y letra. La vida, qué absurdo es intentar desandar el camino andado cuando se está llegando al final del recorrido. Mas, no quiero irme de este mundo sin haber dejado por escrito y despachado las razones de A propósito de la vida, sabiendo que mi tiempo no ha sido malgastado, ni tampoco aprovechado como fuera debido. Y que, aunque intentarlo pueda manifestar locura, es razón de

cordura plasmar en un diario los últimos días de mi vida, pues tiempo quedará para que sean leídas y bien releídas por si algún día cayera en manos que apreciaran tan humildes historias que aquí se cuentan, donde mis palabras no quedaran mudas en este diario, que es novela de discretos. Y para que aquél que las encontrase algún día, las publicase y las sacara a la luz si yo antes no pudiera por estar andando escaso de tiempo. Pues la muerte, que es de temperamento impaciente, y por ser virtud de su oficio, me está esperando a tan sólo tres esquinas. Y que, este diario que yo escribo, en mis palabras y razones pueda acercarme a la verdad. Pero antes de que esto pase, quiero morir escribiendo. Y que si Dios, me ha de juzgar, pongo mi defensa por escrito, puesto que en el cielo no hay más letrado ni defensa que el que yo pueda esperar del justo cielo. Y Dios, antes de dictar sentencia, tenga en cuenta mis palabras. Palabras, que yo he aprendido por mi paso a través de A propósito de la vida.

Que me llamo don Fernando, sesentón, pasando de los sesenta, pero que todavía no llevo a los setenta. Mi morada, sencilla, que por no tener domicilio propio en una hospedería tengo mi techo. Una morada sencilla y discreta, sin ostentación ni alarde alguno, una habitación en que se respira un ambiente de orden, tranquilidad y sosiego, donde mi voz habla aunque nadie pueda escucharla. Mis libros, más compadres que de hombre leído, ordenados en una vieja estantería con la gracia y ternura de tocador de dama alguna. Un lecho de los antiguos, que sin ser de maderas nobles ni de mullidos colchones, al descanso me invita cuando la noche se cierra como es costumbre de cada día, envuelta en mil oscuridades y en mil silencios. Aunque algunas de ellas, de tanto pensar y de tanto filosofar, haga de mí dormir toda una noche de velar. Un pequeño neceser para mi aseo personal en un rincón de la habitación, aunque dada mi sencillez el mismo avío me harían un par de tinajas y una palangana. Y un espejo, ya bastante viejo, que el moho ha empezado a brotar en sus esquinas restando imagen del que se quiere ver, y que donde cada día me cuesta más encontrar el rostro. Que hablo en voz alta cuando no tengo a nadie con quien hablar. Y sin ser loco ni ido empiezo a imaginar. Y que lo que imagino pone freno a mi entendimiento, aunque mi alma vaya tan lanzada

como flecha disparado hacia el firmamento. Pues sabe de buena fuente que queda poco para la partida.

A propósito de la vida en el día de hoy, y maldiciendo la hora y el momento, una noticia me era dada. Una noticia que desenlazaba las razones por las cuales me habían hecho estar enfermo. El diagnóstico del galeno confirmaba las sospechas y no veía la hora de darme la noticia. Pues me era detectado un mal de esos llamados leucemia. Un cáncer, que corría por el líquido de mis venas como un depredador cazando a su presa, como un soldado de infantería buscando con furia a la bayoneta de su enemigo, irreversible y agresivo, que iba a darme un plazo muy corto de vida. Y así, dándome esta noticia, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo, produjese un silencio que sólo se podía cortar con la palabra. Y que el galeno, al cual se le embozaban las mismas, reflejaba en su rostro serio y compasivo, comunicándome con diligencia y como pudo que me quedaban como mucho tres meses de vida.

—Créame usted don Fernando, que tengo más de cuarenta años de oficio en la práctica de mi ejercicio. Y por primera vez en toda mi carrera me gustaría estar errado. Pero este tipo de noticias mejor decirlas que callarlas. Pues el yerro en mi oficio no tiene más perdón que el que Dios supiera darme en su justa medida.

Derramé lágrimas en silencio al oír estas palabras, se rompieron las del galeno al no encontrar ninguna más que lo que la ciencia y la experiencia le decían, al decirme las mismas y no poder hallarle solución ni cura, ni remedio ni medicina alguna. Aconsejérome el galeno que, mientras hay vida no hay que dar la esperanza por perdida. Pero la misma está confusa cuando se ha oído por labios expertos y de mucho crédito. Sintíérome como el que escucha de un magistrado el temido veredicto. Y una vez leída la sentencia, a la que suelen llamar diagnóstico, levantárome yo del asiento de la consulta del galeno para marchar sin responderle palabra, no por mala educación, sino porque mi garganta era incapaz de pronunciar sílaba alguna y menos aún frase con sentido. Pues el desconcierto hace que todo discurso desafine como un instrumento tocado sin oficio. A pocas palabras buenos entendedores, a palabra muda todos entendidos. Salí de la consulta con lágrimas en los ojos, y

pensando que, quizás, ya no pueda beber más de la fuente de la vida. Y saber, que cuando los pájaros despierten al día, yo ya no estaré para escuchar su canto.

Yo, don Fernando, había trabajado mucho en el transcurso de mi vida, antes de retirarme por las razones que les cuento. Y que para ganarme el pan y el sustento, preferí darle al palique que al oficio, que siempre es mejor que ser arriero. Que me ganaba la vida como viajante, caminando por toda España y parte del extranjero, aunque pateando más península que continente europeo, donde pude conocer a muchas gentes. Gentes de todo linaje, desde el más llano pastor al más apoderado procurador o mercader de tierras lejanas.

No mal me iba ganarme el sustento, ya, que, igual comerciaba con la industria de la cordelería que con utensilios de caballería, lo que me permitía de tanto en tanto sentarme en mesa suntuosa de venta, de las que, hoy, llamaríamos moda. Y con tanto viaje por las regiones de España y parte del extranjero, guardaba recuerdos de todo cuanto pensaba, veía o imaginaba. Pues el hombre sin pensamiento ni imaginación, está como muerto.

Había leído en unos viejos libros de filosofía, cuyas hojas devoraba como el que tiene hambre de saber, pensamientos y reflexiones que daban un sentido lógico a la vida. Y a medida que leía poseía más verdad. Pero en contrapartida, aumentaban mis dudas sobre A propósito de la vida. Ya que, a veces, me parecían abismos lo que leía con lo que veía y experimentaba. Que intentaba relacionar a medida que reflexionaba, hechos cotidianos de la vida con los saberes con los que me instruían. Pero tiempo me faltaba para el puro reflexionar. Ya veces, me imaginaba tener algún sabio encantador por amigo con el que poder hablar. Y así pasaron los años hasta que enfermé.

Por ser algo vividor y amante de la buena vida, no había ahorrado un real. Y conto el tiempo que me queda es más bien escaso, y cuanto más cerca estoy de la muerte, más que nunca deseo de esquivarla. Quiero, y pongo por testigo único al cielo, que es mi deseo plasmar en este diario verdades para que puedan acabar en libro, con el único fin de dar las respuestas de A propósito de la vida. Y que como mortal que soy, y sabiendo que me tengo que ausentar en

breve, tengo muy presente las palabras de aquél filósofo llamado Séneca que así decían:

«No has de decir que fulano vivió mucho porque tiene canas o arrugas, no vivió mucho, sino que duró mucho. ¿Pensarás acaso que ha navegado mucho aquél a quien una brava tempestad le salteó ya a la salida del mismo puerto y le llevó asendereado de aquí para allá, y el antojo de los enfurecidos vientos le hizo girar en el mismo remolino? No, no es que haya navegado mucho, sino que se ha mareado mucho». La vida es breve, y para mí, dos veces breve. ¡Qué gran hombre debió de ser Séneca!

Así que, de mis viejos libros me hago de mi capa un sayo, y sin más temor que el del guerrero infante antes de la batalla, me enzarzo en cruzada contemporánea de este principio de siglo XXI, sin el pleno convencimiento de mi victoria. Pues sólo la muerte que está ahí en la esquina, esperando hacer su oficio, me pueda privar de emprender tal empresa. Y que si hay un tiempo para vivir y otro para morir, consciente soy de que estoy más cerca de lo segundo que de lo primero. Mi llama se apaga, puesto que dos veces no se me es dado vivir y todavía me quedan mil cosas por hacer. Así que, a lo hecho pecho. Y a todo esto pongo en efecto mi pensamiento, el más leal firme y sincero de todos los pensamientos que ha podido pasar por mi mente en todos los días de mi vida. No tengo miedo, no lo necesito. Y para demostrar tantas verdades juntas, escojo los mejores libros de filosofía de la cosecha de mi vieja librería. Libros éstos, con sus páginas afiladas como estiletes preparados para entrar en el alma del que no razona, no sabe o ignora. ¡Estas serán mis armas de caballería! Digo yo en tono desafiante. Y que no persiguiendo ni beneficio, ni favor, ni gracia alguna, y si no me lo impide la contraria suerte, enseñará al que no sepa y aprenderá del que ya sabe, y como no dispongo de más tiempo aunque quisiera, decido firmemente buscar la verdad de A propósito de la vida.

En la taberna Casa Paco hay un piano. Un piano viejo solo y olvidado, apoyado en una pared donde nadie le hace caso. Un piano de madera con sus teclas polvorientas ya gastadas por el paso del tiempo que no perdona. Un piano que guarda silencio y donde casi nunca suena melodía alguna. Un piano que dicen, se escucha por las noches sin que nadie acaricie sus teclas. Un

piano embrujado donde dicen que un alma en pena que vaga en la noche, interpreta partituras ya olvidadas que casi nadie recuerda; un trozo de zarzuela, una aria inacabada, algún pasodoble de los de antes. Es la música que suena y que rompe los mil silencios de la noche cuando en Casa Paco no hay nadie. Es el alma de algún pianista de manos habilidosas que pasó por esta vida sin pena ni gloria, y que ahora, es sombra de lo que fue. Un pianista que recuerda su vida ya gastada, rompiendo el silencio de la noche con presumidas y atrevidas melodías. Quizás un alma del purgatorio que ella misma ignora que es. Suena el piano en la silenciosa noche, mientras cientos de almas en pena caminan a ciegas guiadas por el resto de un viejo cuplé ya olvidado. Suena el viejo piano de muy trazados acordes y alegres melodías que el paso del tiempo no ha podido borrar. Espíritus que se alimentan de notas olvidadas, almas que ya no se pueden confesar y que se perdonan a sí mismas unas con otras, donde la música, las llena de vida acercándolas un poco más al cielo. Suena el viejo piano del viejo pianista que nunca alcanzó la fama. Y que ahora, siendo un penitente, la acaricia en la más silenciosa de las noches, interpretando viejas partituras para ganarse el cielo en medio de los aplausos de otras almas, donde ellas mismas, forman parte del espectáculo. Y arriba, Dios, escucha con misericordia y perdona. Dios escucha y perdona, Dios perdona pero no olvida. El viejo piano suena de noche y de sus notas se alzan mil ciudades encantadas aunque sean en el aire.

En la taberna cuando es de día y cuando todos se callan y nadie habla, se puede oír el vuelo de una mosca. Ramón Cárdenas, ex monje y ex religioso, aspirante a escritor de novelas, había creído firmemente en el cielo y la cruz, hasta que un día dejó su vida monacal y le dio por escribir novelas. Ramón entra por la puerta de la taberna. Debajo del brazo, trae aquel diario que empezó a leer. Ese que compró en mercadillo y rastro por sólo dos euros y que descubrió por casualidad.

— Parece que va a llover un poco —dice Ramón.

- Hombre. . ., si sólo es un poco —responde Hilario, el camarero- no me pongo el traje de buzo.

Ramón, mira a través de los cristales que dan a la calle y ve que lo de la lluvia va en serio. Está lloviendo y, además, de verdad. Llueve sin interrupción, llueve sin descanso. La lluvia de la primavera también es de Dios. En la taberna Casa Paco, cuando llueve en la calle y no da el sol en los ventanales, se crea un ambiente que invita al coloquio y a la lectura. Y si uno cierra los ojos, se puede imaginar que está en un Ateneo, creando una atmósfera de biblioteca pero donde nadie calla. A Ramón le gusta contemplar a la clientela de la taberna, porque, aparte de inspirarle para su novela, aprende de su naturaleza, que es varia y a elegir.

Hoy es jueves, y Ramón Cárdenas está contento. Los martes y los jueves se reúne con otros tres jóvenes aspirantes a escritor. Ramón es el moderador de «Reuniones y tertulias para jóvenes escritores», que se desarrollan en una mesa de la taberna. Son tertulias como las de antes, como las de los cafés antiguos. Son reuniones como las de toda la vida. Estas reuniones de escritores están muy bien y se escuchan historias dignas de tener muy en cuenta, donde cada uno, demuestra sus aptitudes y cualidades literarias. Y el que no sabe hacer literatura, dice lo que piensa escrito en un papel, que es como una terapia y se desahoga. Son cuatro los que forman este tipo de reuniones, a saber, el mismo Ramón Cárdenas, Gustavo Artigas, de veintiséis años, que no tiene muy claro el argumento pero que se defiende muy bien con los personajes. Otro que plasma en papel su arte, es Javier Pedrosa Ramírez, de treinta y seis años, biólogo y reconocido ecologista que lía unas trifulcas y manifestaciones en el barrio donde vive, de muy señor mío. Rosa Olivar Gómez, de veintidós años, que escribe cuentos eróticos tipo «Froidianos», y que dice que se le manifiestan en sueños cada noche. No es nada vicioso, sólo son sueños, nada más.

En «Reuniones y tertulias para jóvenes escritores», han creado la figura del «escribiente», que consiste en escribir una historia y su argumento para comentarlo luego entre todos y sacarle más el jugo. Luego, cada uno expone y lee lo que ha escrito entre semana para que lo escuchen todos. A veces murmuran en voz baja para que nadie les oiga. A veces parecen espías.

Ramón Cárdenas, ingeniero de la palabra, perito de punto y coma, que se defiende como puede con una prosa áspera y rígida, toma la palabra.

- ¡Aquí conviene hablar de algo, eso es lo importante. Aquí conviene escribir de algo, pero siempre pisando tierra firme, sin perder la perspectiva. A ver Gustavo, empieza tú mismo.

En «Reuniones y tertulias para jóvenes escritores», el Gustavo, que va para escritor, se está cosiendo una novela de narcotraficantes y mafiosos en la cual muere hasta el apuntador. La novela lleva por título: «Algunos hombres buenos, algunos hombres malos».

- Ramón, que empiezo con el argumento.
- Te escuchamos, te escuchamos.
- Bueno, pues..., resulta, ¡ejem!, perdón, es que estoy algo nervioso.
- Tú tranquilo Gustavo. Tú tranquilo, que estamos entre escritores.
- Bien, como os iba diciendo, bueno. . . , como os quería decir, ¡ejem!

Gustavo está nervioso y tose un poco al hablar.

- Pues. . . , esta es la historia de dos amigos que no tienen dinero y conocen a un hombre que les propone un negocio de drogas. Se van a un país de Suramérica, y antes de subir al avión, unos policías secretas se lían a tiros y muere el hombre. Entonces, uno de los amigos coge la pistola del hombre y mata a ocho policías.
- ¿No son muchos policías?
- Bueno..., igual sí, pondré que mata a un par.
- Mejor, más creíble.
- Bueno, pues. . . , después, se suben al avión y amenazan a la tripulación con que despegue o harán estallar una bomba que llevan encima. Pero claro, ellos son buenos chavales y no llevan bombas. Hacen como si las llevaran. ¿Me seguís?
- Sí, sí. Te seguimos.
- Bueno, ¡ejem! , perdón —Gustavo bebe un poco de agua y se

tranquiliza un poco—. Entonces llegan a un país suramericano y resulta que los jefes de los narcos no son hombres, ¡son unos marcianos que intentan destruir la tierra con drogas!

— ¡Coño! Qué fuerte, ¿no?

— ¿A que sí? ¿Tú crees que me he pasado

— Hombre..., el argumento no está mal. Un poco fantasioso sí que es, pero no está mal.

El Gustavo, después de cargarse a medio cuerpo de policía y atemorizar a toda una tripulación aérea —literariamente se entiende—, deja de sudar y ya respira normalmente. Esto de leer lo que has escrito delante de los demás, a veces le puede hacer a uno pasar un mal rato. Los escritores que sudan y se ponen nerviosos también son de Dios.

De la taberna Casa Paco se pueden hacer varias apreciaciones. En la taberna Casa Paco, aunque haya mucho movimiento cada uno va a la suya. Hay divergencias y diferentes filosofías entre la clientela, algunas palabras contaminadas de las que se hacen oídos sordos, lo que pasa y lo que se ve. Hay clientes que adoptan una situación de observador que les hacen decorativos como figuras de porcelana. Los hay que no están bien en sus hogares, en sus trabajos, en sus tiempos de ocio, y apagan sus penas en la taberna. No hablan, no dicen nada, sólo beben y escuchan, beben y escuchan sin molestar, pagan y se van. Son almas cuyo diálogo es un monólogo interno que les hace sufrir. Quizás una meta inalcanzada, quizás un amor perdido, quizás todo roto en mil pedazos. Cada solitario que no quiere serlo debería ser escuchado.

Ramón Cárdenas, sin darse cuenta, inconscientemente, se había convertido en un vagabundo del siglo XXI; un vagabundo de nuestra era, un vagabundo moderno que le daba la espalda a la tecnología para volver la mirada hacia la filosofía. Es difícil ser filósofo en el siglo XXI; es difícil dedicarse a una vida contemplativa en el siglo XXI. Pero Ramón, que creía estar limpio de todo mal, caminaba por los senderos de la vida sin hacer mucho ruido. A la gente ya no le gusta ir por los senderos, a la gente le gusta ir por las autopistas de la vida, que son más rápidas y más cómodas. La gente no se complica la vida con

filosofías baratas. La filosofía sigue sin dar de comer, alimenta el espíritu y purifica el alma, eso sí, pero sigue sin llenar el estómago. La filosofía puede ser hasta peligrosa. Hay que ir con cuidado con esto del filosofar, porque Nietzsche, murió sólo y acabó medio loco y viviendo pobremente, según se cuenta. La filosofía hoy, no da dinero. Bueno, igual es que no ha dado dinero nunca y la gente pasa de largo en estos menesteres. La gente prefiere otro tipo de entretenimientos y actividades en las que no haya que pensar tanto y se pueda ganar dinero rápido. A la gente le falta tiempo, la vida va más rápida que el tiempo y el ser humano quiere ganar al tiempo. De una hora quieren hacer un minuto. Todo está ya muy controlado y muy atado. Ramón va contra el viento y le cuesta navegar. Ramón Cárdenas tiene problemas para pagar el alquiler; los caseros no suelen entender de filosofía. A Ramón le gusta su vida mística y misteriosa. Con los bancos no se lleva ni bien ni mal, porque no tiene un euro, él, vive al día, mata el gusanillo como puede y se hace preguntas que ya casi nadie se hace. ¿Cuántos litros de agua pueden caber en el mar? A Ramón, si no le hubiera dado por ser escritor le hubiera gustado ser una botella con un mensaje dentro para dar la vuelta al mundo tranquilamente, sin meterse con nadie, recalando en orillas desconocidas. A Ramón le hubiera gustado ser transparente como una botella, viajar poco a poco, para perderse en un océano de imaginación. La cruda realidad hace que el escritor contemplativo, el escritor vagabundo, el escritor viajero, el escritor soñador sufra de incompreensión. A nadie le interesa el cómo, sino el resultado final; tanto tienes, tanto vales. Uno puede ser escritor y no pasa nada, uno puede ser escritor y no tener un euro, entonces empiezan a pasar cosas. Muchos intelectuales se hacen contertulios de radio o de televisión para sobrevivir. El escritor contemplativo y contemporáneo que es Ramón Cárdenas tiene que hacer descabelladas peripecias para llegar a fin de mes. Ser escritor ya es bastante duro de por sí, y más si nunca se ha publicado nada, y más si los editores te devuelven tu obra una y otra vez, y más si tu familia te regaña diciendo que no serás nada en la vida sino trabajas de verdad. Ramón se pregunta: ¿qué es ser algo en la vida? Para él, ser algo en la vida no es simplemente tener propiedades y bienes de consumo; ser algo en la vida es aportar, es escuchar, es que te escuchen, es

hacer, es comprenderse, es solidarizarse. Ser algo en la vida son muchas cosas que la gente no tiene tiempo de pararse a pensar. A trancas y a barrancas, los escritores noveles van tachando y subrayando, van apuntando en un papel ideas que les vienen en mente. Intentan darle un sentido a la vida, otro prisma, otra manera de ver las cosas. La cosa está muy sistematizada, los ordenadores nos controlan, los ordenadores nos atrapan en su red. Hay gente que entrega sus horas de ocio a pasearse por internet, horas y horas, buscando no se sabe el qué. El microprocesador le pisa el cuello al libro, lo intenta asfixiar pero éste se resiste y todavía respira. Ramón Cárdenas quiere salvar al libro y quiere salvarse a sí mismo. Y si puede, salvar un poquito a los demás. Nosotros hemos creado las máquinas para controlar a los humanos y ahora las máquinas nos controlan a nosotros. Somos presos de la tecnología. El artista se ha convertido en un ingenuo. Ramón lucha por una literatura joven y apasionada, lucha por una literatura vieja pero sabia, sueña con escribir un prólogo. Ramón sufre de una excepcional vocación literaria y no dejará morir al libro así como así. Ese libro con sus hojas numeradas, ese libro con su portada de tapa dura, ese libro subrayado, ese libro que huele a viejo y que se pudre en una estantería. La gente, miman y cuida a los ordenadores, los limpian, les sacan el polvo y les dan brillo. Los libros se van aparcando un poquito más cada día. ¡Hay que salvar al libro! Ramón Cárdenas lucha día a día para tirar del carro literario engrasando sus ejes con nuevas ideas, acercándose al lector con prudencia, respetando al lector, mimándolo, estando por él. Un buen escritor tiene que tener presente que a valor le gana el folio en blanco, y a crueldad le gana el lector, que siempre es el que decide.

En Casa Paco la clientela se multiplica por mucho. La taberna es un marco de expresión y de belleza, de efectos ópticos que se crean, donde el sentido estético preocupa más bien poco. A veces, se degusta un género de bienestar, de salud y de comodidad que da envidia. Hilario, el camarero, ofrece soluciones y consejo a los que andan desorientados. Hilario, hace lo que puede y no está obligado a más. En Casa Paco, cuando se reúnen los habituales se forma una combinación casi perfecta, donde se puede escuchar desde la más grande de las groserías a la más tierna de las poesías.

Ramón Cárdenas podía pasarse horas y horas estirado en el sofá de su pequeño estudio contemplando el techo. Algunos podrían pensar que es conducta un tanto vaga. Pero, para él, son horas de contemplación, unas horas bien aprovechadas y apuradas en consecuencia. Hay techos que crean inspiración y hay techos que dan sueño. Ramón Cárdenas, cuando la inspiración era más bien escasa, se quedaba dormido mirando las musarañas. Dormido en un profundo sueño contemplativo, ni poco ni mucho, simplemente contemplativo. Las arañas por el techo tejen telares envidiables en su arquitectura. Las arañas no son animalitos contemplativos ni mucho menos. Las arañas son trabajadoras. Y no les importa el tiempo. El tiempo pasa deprisa para Ramón Cárdenas, que ve pasar sus días en su vida contemplativa. A veces, cree que es un vago con pocas ganas de trabajar. Pero no, el tiempo perdido, a veces, es tiempo bien aprovechado y de buen cultivo para los andares de la mente y del alma, que no siempre tiene que ser activa.

En una noche lluviosa y de placentero dormir, Ramón se estruja el cerebro para desarrollar su novela. Él, sabe perfectamente que escribir una novela no es tarea fácil. Si Ramón Cárdenas no se dedicara a escribir novelas, estaría destinado a ser carne de cañón, porque ya perdió la fe o le queda muy poca y confusa. Además, no sabría hacer otra cosa. Ramón cree en la literatura, que es materia que suele dar más hambre que oro alguno. Caen las gotas de agua a través de la ventana que da a la calle de su pequeño apartamento. De frente, tiene al siempre intimidatorio ordenador que martiriza su sensiblemente cuando la pantalla está en blanco y el cursor intermitente. Caen las gotas de agua como cuando un libro es agitado y se despegan de él sus hojas. El libro se está olvidando porque la tecnología lo aprieta cada día un poco más. Caen las gotas de agua, con fuerza, y se estrellan contra los tejados, contra el suelo de la calle, contra los coches que están estacionados. Ramón escribe mejor de noche, como casi todos los escritores. Y si llueve, mejor que mejor. Ramón suele tomarse tres cafés con leche y así no le vence el sueño. Desenchufa el televisor para no caer en la tentación de entregar su alma a algún canal erótico, o a cualquier espacio de tele tienda donde podrá adquirir un aparato de

gimnasia para perder ese peso que le sobra. Hay varias maneras de pasar la noche: durmiendo, que es lo más normal, haciendo el amor, que es la manera más sana, masturbándose como un maniático, o escribiendo una novela, actividad ésta, que es diferente a las anteriores pero que también puede darle gusto al cuerpo. Caen las gotas de agua muy seriamente y con decisión, las horas pasan con disimulo y discretamente camino de un nuevo día.

El Dalmau —cliente habitual de Casa Paco—, se creía el gran Houdini y le gustaba mucho hacer trucos de magia en la taberna. Lo que pasa, es que como era un poco patoso siempre se le veía el truco.

- ¡Anda tío, que no se te ha visto!
- ¿El qué se ha visto? ¡Ups! Esto es magia pura.
- Pero qué magia ni qué leches —dice Hilario con retintín. —¿Pero no ves que se te están cayendo cartas de la manga de la chaqueta?
- ¡Vosotros siempre cortando el rollo!
- ¡Anda ya, mago de tercera división!
- Yo lo hago de buena fe y para pasar el rato. ¡Anda y que os den!
- ¡No te enfades hombre! Haznos aquel truco del pañuelo que saca fuego, que te quemas las manos, y acabas en el ambulatorio de urgencias.
- ¡Iros a la mierda!

La gente busca la perfección y no cree para nada en la intención. Nos estamos volviendo demasiado exigentes para la poca sustancia que somos.

Dios en el cielo existe y cuenta chistes y todos los ángeles se ríen y se lo pasan muy bien. Dios es muy gracioso y ocurrente, y también sabe hacer trucos de magia con pañuelos. A Dios también le gusta comunicarse con los mortales a través de la oración. Dios, recibe el correo cada día y lo lee todo. Las cartas que se envían al cielo no necesitan franqueo. A Dios le están llegando hasta e-mails, y anda un poco mosca, porque ve, como la tecnología acaba con la oración. El hábito de rezar se está perdiendo y eso le preocupa.

Ramón Cárdenas le dice cosas al cielo y habla con las nubes, con las estrellas, con la luna. Los escritores suelen hacer cosas que la gente normal no tiene por costumbre hacer. Ramón, a veces sueña despierto y parece que esté

embobado. Ramón empaña sin manchar cuartillas en blanco donde plasma el encanto de sus pensamientos. Las ideas vienen y se van, y siempre se ha de tener papel y bolígrafo a mano por si acaso. La inspiración, ya se sabe, es atemporal y no suele tener ni fecha ni calendario y puede llamar a la puerta sin avisar. Ramón Cárdenas no tiene dinero pero es enormemente feliz.

Con sus más y sus menos, capeando el camino de la vida como puede, siempre sin perder la esperanza de ver publicada algún día su novela.

Los días nublados son tristes y el cielo se hace pequeño como una hormiga. Ramón Cárdenas, los días lluviosos cuando no sale de casa, aporrea el teclado de su viejo ordenador para poner orden a su novela. En el siglo XXI, los Pentium arrasan y se comen al hombre. Ramón todavía hace virguerías con un cuatrochoses de tercera mano que se le queda colgado cada dos por tres, y eso, le cabrea. Ramón hace lo que puede con las máquinas que no le acaban de gustar, y fácilmente pierde la calma. Con la tecnología no se lleva bien.

En primavera, en la taberna Casa Paco, se suelen ver situaciones casi cómicas; mujeres con el escote pícaramente desabrochado y hombres sudando que no les quitan la vista de encima. Esto del instinto sexual es cosa que no se acabará jamás y afecta a todas las edades. La primavera avanza y las mujeres están radiantes. Los hombres sufren con pensamientos extraños y mil y una fantasías. La carne llama a la carne por instinto natural. En primavera los jardines están a rebosar, hay veces que no cabe un alfiler; el señor que pasea el perro, los niños haciendo carreras con sus bicis, las quinceañeras enseñando por vez primera sus encantos. Esto suele pasar en primavera.

En el lado más occidental de la barra de la taberna, cuando cae la tarde, se divisa una luna brillante que alumbra un paisaje de seco. Como un acuario sin agua. Una botella de vino es velada por unos vasos sucios y unos tacos de jamón del barato. Es el lado de los que carecen de linajes y son poco conocidos, y que suelen mirar a la gente de arriba a abajo con complejo de superioridad. Son la Hermandad de Alcohólicos sin Fronteras, donde la taberna es su centro de espiritualidad y local social. Hablan a gritos, y a duras penas se entienden entre ellos. Son gentes que viven de sus pasados haciéndolos siempre presentes. Su futuro siempre es incierto, porque no suelen pensar

mucho en el mañana. La Hermandad de Alcohólicos sin Fronteras se ahoga en un aire que respira de su propio aire. Son los capitanes generales de las tabernas. Los que de verdad mandan. Los hombres buenos beben agua de claro manantial y los borrachos el agua la necesitan para mojarse la cara para que se les pase la resaca.

Como un objeto inanimado, Ramón Cárdenas permanece estático con la mirada perdida esperando la inspiración. Ramón, que es filósofo —no simplemente porque estudió filosofía, sino por qué un día aprendió a filosofar por sí mismo—, se pregunta si es necesario buscar la verdad del hombre. ¿Del hombre nada más? La palabra es viva, y el talento, como la hermosura, no se escogen. El talento se tiene o no se tiene, la inspiración sólo es una herramienta para el escritor. Atrás queda el triste invierno y la primavera avanza como un velero. Desde la taberna se oye el redoblar de las campanas de la iglesia, de la sencilla iglesia del barrio. Sonidos de campana que a veces se convierten en palabras. La palabra se puede disfrazar de mil formas y de mil maneras, a veces la palabra es plasmada en un papel y descansa hasta convertirse en libro.

Empezaba a cerrar la tarde en la ciudad de Barcelona. Sus barrios, que antes eran pueblecitos alrededor de la ciudad, decidieron un día unirse a ella y acompañarla. Y de los que la acompañaban, destacaba uno con más brillo. Era el barrio de Gracia de Barcelona. Es el barrio donde está la taberna Casa Paco; es el barrio donde vive Ramón Cárdenas Murias; es el barrio de los bohemios y de las gentes que todavía creen en las costumbres. Casi todos los artistas que visitan Barcelona se pierden por este barrio Costumbrista que embruja como la Alhambra en Granada. Sus callecitas estrechas, se convierten en canales navegables de aguas poco profundas, sin peligro de ahogarse en el aburrimiento y la apatía. Puesto que cada café, cada teatro, cada taberna es adornado con pinceladas de bohemio arte. El barrio de Gracia es placentero y no es necesario arriar las velas ni fijar rumbo alguno. Hay que dejarse llevar y navegar a la deriva. Sus gentes, son como nativos de una isla perdida que acogen a los aventureros intelectuales; sean poetas, sean escritores, sean músicos, sean lo que sean mientras lleven algo de buena intención en sus

mochilas. Sus callecitas estrechas, desembocan en plazas ya centenarias. Lugares de reunión y tertulia. Y algún café de artistas como los de antes, donde se cuentan historias, fábulas y misteriosas lecturas, que hacen más breve el pasar del tiempo.

Ramón Cárdenas se fuma dos paquetes de tabaco al día, y cuando está inspirado y en estado de gracia, se puede fumar hasta tres. Ramón se enciende otro cigarrillo, fuma y escribe. Él, cree que la palabra es un símbolo de libertad que configura un espacio emprendedor. La palabra entra por la retina y llega al entendimiento para cultivarla o destruirla. Ramón Cárdenas defiende la tradicional manera de escribir a mano; después lo pasa al ordenador, pero primero lo escribe a mano. Cuando se pone a escribir, el tiempo se le detiene y no oye nada, no piensa en nada. Sólo escribe y escribe historias de un entorno alejado, intenso y luminoso. Ramón, cuando escribe, es como un monje de clausura que se encierra en sí mismo para perfilar el paisaje de su novela.

Paisajes suaves y tiernos, como un conjunto de grandes bellezas que sólo su mente crea y que le llenan de satisfacción aunque se sienta solo. A veces la gente se siente sola y necesita que la escuchen. Necesitan el calor que sentimos cuando somos escuchados y comprendidos. Necesitan sentirse segura y querida. Los psicólogos van de paisano y cobran por escuchar. Si fueran de uniforme intimidarían a los pacientes y los asustarían. A la gente le gusta que la escuchen. Lo que pasa, es que, si al que queremos contar nuestras miserias está peor que nosotros, entonces la cosa se convierte en un artificio pirotécnico que puede estallar en mil pedazos.

La noche pasa despacio y la gente se entretiene viendo la televisión. La televisión se ha convertido en un elemento fundamental para la familia, sin televisión no hay familia completa. Decenas de canales arremeten contra nuestras neuronas que están vendidas al vicio del televisor. Son neuronas mercenarias al servicio de algún patrocinador. La gente prefiere ver la televisión que leer. El hábito de la lectura se está perdiendo.

— ¡Hilario!

— ¿Qué?

- Ayer, estuve viendo la tele hasta las cinco de la mañana, viendo hasta el teletienda, y una tía del tarot que solo decía tonterías pero que estaba buenísima.
- Y no tienes por costumbre leerte una novelita antes de acostarte?
- ¡Quita, quita! Yo, lo único que leo es el teleprograma.
- ¡Di que sí, hombre!, la cultura es lo primero.
- Sí, será porque tú lees mucho.
- Pues para que lo sepas, me estoy leyendo el Quijote, de Cervantes.
- ¡Ah! Pues no sabía quién había escrito esa novela. Que es, de espías, ¿no?

La ignorancia está acabando con la sana costumbre de la literatura. La tecnología engaña y se burla de la gente a su antojo y no nos damos ni cuenta. Un libro es para leerlo y disfrutarlo. La lectura es una actividad que merece la pena practicar. Los ignorantes van diciendo por ahí que el libro desaparecerá de aquí a poco, que se podrá leer a través del ordenador. La gente se está volviendo demasiado técnica; y la verdad, es que no merece la pena. El día que muera el libro se puede parar el mundo. El mundo necesita aire para respirar, pero también necesita cultura para evolucionar. El primer ordenador del mundo fue configurado con la ayuda de un libro. La gente va desorientadilla y a veces se creen lo que no son. Igual es que necesitan creer en algo. La gente quiere destacar como los personajes que salen por la tele, la gente quiere triunfar y ganar dinero. A la gente le gusta sentirse un poco Bogart, a la gente le hubiera gustado regentar un café llamado «Rick» en Casablanca. A la gente le hubiera gustado sentirse un cínico romántico, un sufridor por un amor perdido, llevar un traje de color blanco con una pajarita negra y un pañuelo en el bolsillo, apoyarse en la barra de una taberna con la mirada perdida agarrando un vaso con las dos manos y teniendo una botella casi vacía de whisky al lado. Mientras, un pianista llamado «Sam» toca nuestra pieza preferida, aquella que quisiéramos olvidar pero que está grabada para siempre en nuestra memoria. En el fondo, en algún momento de nuestras vidas todos nos hemos sentido un poco Bogart en Casablanca. La gente quiere identificarse con algo, ser algo, lo que sea. Fama, dinero, viajes, buenos coches, buenos restaurantes, buenas mujeres, mucho dinero. Los hay que

están dispuestos a ser lo que sea y sufren en su desespero. Ramón Cárdenas empieza a leer el segundo capítulo de aquel diario que encontró en mercadillo y rastro. Él, sigue queriendo ser una botella con un mensaje dentro que va a la deriva...

Otra pequeña muestra...

CAPÍTULO VII

De la misma manera que no hay religión sin oración no le es propio a la novela carecer de escritor. Hoy es sábado por la mañana, y Ramón Cárdenas Murias se da un garbeo por el mercadillo y rastro de Barcelona. Ramón sigue buscando más escritos de don Fernando, algo más de su diario. Seguramente, las pertenencias de don Fernando, fueran encontradas, desalojadas, olvidadas y acabaron en el mercadillo y rastro, Pertenencias de las que nunca más se supo, que no interesaban a nadie, y que posiblemente acabaran en un mercadillo, donde las historias de los libros carecen de importancia. En el mercadillo y rastro todo se compra y todo se vende, don Fernando puede estar vivo o puede no estarlo. Ramón busca alguna prueba que no borre la existencia de don Fernando.

El techado de la taberna Casa Paco es como una bóveda celeste donde las arañas tejen sus telas sin que nadie las moleste. Dominan todos los estilos, igual se tejen un Gótico que un Románico o que se atreven con un Modernismo. Tejen sin parar e inmortalizan sus telas en el techo como las pinturas de la Capilla Sixtina. Se entiende que como los techos de la taberna son altos y de difícil acceso para la escoba, no se limpian mucho, pero eso es pecata minuta. En la taberna la clientela no va a mirar el techo, como muy alto, la vista les alcanza a la altura del televisor que está al fondo según se entra por la puerta, a dos metros del suelo.

David Cánovas Llongueras, poeta, pasa más hambre que el perro de un ciego. Los poetas pasan más hambre que los escritores y tardan más en ser famosos. Una de dos, o es más difícil hacer un soneto que una novela, o es que la poesía no gusta tanto como la novela. Más que gustar, igual es que no se lleva. Lo que se lleva hoy en día son las historias de tiros, de inteligencia artificial y de robots cibernéticos, de corrupción, de sexo duro, de violencia en general. Esto se vende más que la poesía. La poesía es para los cursis y los enamorados que están atontados y ven la vida de una manera subjetiva. Pero David Cánovas dice las cosas como las siente. O sea, con el corazón. David Cánovas es bajito y menudo, y lleva gafas porque sin ellas ve menos que un muerto boca abajo. Si no hiciera poesía, la vida para él no tendría aliciente. David Cánovas tiene una herida en el alma que sólo se le curará haciendo poesía. Él, no busca la inspiración; la encuentra. Hoy, tiene ojeras porque esta noche su corazoncito ha estallado como una pompa de jabón en el aire. Ha compuesto unos sonetos que ha titulado «El aire y la rosa», y no ha dormido nada. Y claro, está de mírame y no me toques. David Cánovas lee y relee su poesía sin esperar más recompensa que la de que sus sonetos se lean sorbo a sorbo y se degusten como la miel.

Ramón Cárdenas, que con su vocación religiosa no llegó a su plenitud espiritual completa, insiste con los cafés con leche de la misma manera que insiste con su pluma en la siempre desafiante cuartilla blanca. Ramón se hace preguntas que solo se puede hacer un escritor. ¿Dónde quiero ir a parar con mi literatura? ¿A qué concurso literario presento mi obra, si es que la acabo? ¿Qué pensará mi familia de mí, si todavía no he publicado nada? Ramón Murias sabe perfectamente que la verdad del escritor no siempre es coincidente con la del resto de los mortales, cosa que tampoco sería buena. El escritor o escritora se pueden encontrar perdidos ante un mar donde nadie quiere meterse en el agua, incomprensidos en un espacio de ignorancia, desorientados como un barco sin rosa de rumbos. El escritor es un rebelde, más rebelde que nadie, y está dispuesto a pasar hambre por escribir el libro de su vida.

Comer es uno de los vicios del escritor y no se puede desprender de él. Tres desgracias tiene el escritor: comer, dormir e inspiración. Y tres son sus gracias:

conflicto, nudo y desenlace; bases éstas de toda novela que quiera verla luz algún día. El escritor, a veces, se siente culpable, víctima y verdugo de una literatura que se resiste a ser enterrada, una literatura que no está muerta del todo y que lucha por ser leída. El viaje de la lectura es responsabilidad del escritor, que, con la palabra, intentará construir balcones en el aire, paredes de viento, tocar el cielo con alas de oro. Y todo esto, lo intentará con la palabra, herramienta ésta que puede llegar a cortar como lo haría el afilado filo de una navaja. El escritor utiliza vibraciones y sensaciones de la vida que no siempre son suyas, que no le pertenecen. A veces las coge prestadas, pero siempre las devuelve. Vibraciones y sensaciones que igual no son de nadie, igual es que son de Dios, que reparte según le parece.

- Usted lo que quiere es no trabajar.
- No señor. Yo lo que quiero es ser escritor.
- ¡Eso no es un trabajo, hombre!

El escritor a veces se siente incomprendido y aislado, pero él insiste. El escritor comparte miedos comunes, sueños donde aparecen damas blancas, pesadillas agitadas de alguien que nos persigue y que nunca nos llega a atrapar, amores doloridos que duelen como estiletes clavados en el alma, alegrías que juegan con los corazones solitarios, ilusiones que suenan como campanas de una catedral, sonidos de campanas que se convierten en palabras. La palabra, sólo la palabra... De todo esto es capaz el escritor, aunque se encuentre falto de afecto y creyendo que nadie le entiende.

- Usted lo que quiere es no trabajar. Usted es un vago.
- No señor, yo quiero compartir.
- ¡No diga usted tonterías, hombre!

El escritor, si no publica, si no se le hace un mínimo de caso, se consume. Se consume como la llama de una vela que está encendida las veinticuatro horas del día. Y su llama, puede llegar a apagarse por soplidos de ignorancia. El escritor no sólo escribe para sí mismo, escribe para los demás, y no siempre se le agradece como es debido.

- Usted, lo que quiere es ganar un premio literario de esos y retirarse para no trabajar, ¿eh?
- No señor, yo quiero escribir, porque tengo vocación y aptitudes para ello.
- ¿A quién quiere usted engañar?

El Agustín, cliente de la taberna, es un hombre extremadamente feliz. El Agustín es un hombre extremadamente feliz porque sólo levantarse de la cama, se toma una pastilla que actúa reforzando la acción del neuromediador fisiológico GABA que controla la actividad de las vías nerviosas responsables de la agitación y de la ansiedad cuando dichas vías tienen una función exacerbada. El Agustín que es un hombre de una felicidad semisintética envidiable, después de tomarse su pastilla —claro— baja a la taberna y se toma un café y una copita de coñac que todavía lo hace un punto más feliz. Un mal día, el Agustín se quedó sin trabajo después de los cincuenta, su mujer lo dejó por otro hombre, su hijo mayor está en la cárcel por un atraco en una gasolinera, el pequeño no quiere saber nada de él y cobra una penosa pensión. Pero bueno, el Agustín con su pastillita que refuerza la acción del neuromediador etc..., etc..., etc..., se lo pasa la mar de bien montando maquetas de barcos antiguos que es una cosa que se ve que entretiene mucho.

- ¡Hilario!
- Dime, Agustín.
- Ponme una copita de coñac.
- Hay que ver Agustín, lo feliz que eres con tus maquetas y tus cosas, ¿eh?
- ¡Vaya! Y que no falte.
- ¡Di que sí hombre!, ¡qué coño!

Al Agustín, le queda un trozo de vida y no la piensa desperdiciar. El Agustín por lo menos tiene más de cincuenta barcos montados; entre veleros, corbetas y remolcadores de puerto. Lo del trabajo, lo de su mujer y lo de sus hijos ya lo ha superado. Uno se hace a todo si uno quiere. Y sino, se toma una pastilla y ya está. No perdamos la perspectiva, pero cada uno reacciona a sus estímulos de diferente forma y como le da la gana.

En una mesa humeante, cuatro jóvenes aspirantes a escritores manejan cientos de cuartillas escritas. Parecen ingenieros con sus planos, pero son escritores con sus historias. «En reuniones y tertulias para jóvenes escritores». Ramón Cárdenas, que hace como moderador, dice:

— Bueno..., esto..., como ya llevamos algún tiempo tertuliano, y parece que nos conocemos todos... Hoy le toca el turno a Rosa.

Rosa Olivar, de veintidós años de edad —ya se dijo que escribía cuentos eróticos que la hacen sentirse bien- está ansiosa por leer sus escritos eróticos.

— Rosa, cuando quieras.

— Gracias Ramón. Esto..., ¡voy para allá! Pues resulta que en un sueño erótico que tuve la otra noche me llegó la inspiración.

El resto del grupo conecta sus orejas como si fueran antenas.

— ¿Por qué me miráis fijamente?

— No, mujer, perdona. Esto..., ya sabes que las cosas eróticas...

— ¿Qué?

— Nada, nada. Continúa por favor.

— Pues voy. Resulta que estaba yo de noche bañándome desnuda en la playa.

— ¿Desnuda del todo?

— Sí. ¿Qué pasa?, ¿nunca habéis visto una mujer desnuda?

— ¡Y tanto, y tanto! —contestan todos al unísono.

— Bueno. Pues. . . , salía yo del agua completamente desnuda, cuando de repente veo una sombra que se acercaba hacia mí. Y a medida que se acercaba iba cogiendo la forma de un hombre musculoso y atractivo.

— ¿Que también iba desnudo?

— ¡Joder!, ¿qué pasa? Que vais cachondos, ¿o qué?

— No, no. Es para ponernos en situación.

— Ya. Pues..., a medida que se acercaba la sombra y cuando estaba ya muy cerca de mí, se transformó en un horrible monstruo desfigurado.

— ¿También desnudo?

— ¡Iros a la mierda! ¿Somos escritores o somos marujas? Parece mentira, como sois los hombres, siempre os fijáis en los detalles y os perdéis en el conjunto.

Ramón Cárdenas toma la palabra para poner paz y orden.

— Bueno, bueno. Yo creo que la Rosa lo que quiere expresar aquí es que, la belleza también puede ser monstruosa.

— ¡Joder!, parecéis del servicio de inteligencia.

— Bueno, mujer. No seas tan susceptible —le contesta Ramón.

A veces, las críticas entre escritores suelen llevar a algún que otro mal entendido. Es como un tira y afloja. En el fondo todos tenemos miedo a que se nos saque defecto. Las tertulias literarias suelen acabar bien, porque los escritores y los poetas no suelen ser gente violenta ni extremadamente nerviosos.

El mundo no está hecho para los nerviosos ni los ansiosos, ni para los deprimidos, ni los melancólicos. El mundo está hecho para los que les gusta ser felices de verdad, para los que se toman las cosas tal como vienen, ya sea que vengan de canto o de frente. La gente se pasa la vida buscando la felicidad sin saber que la llevamos dentro de nosotros mismos. La felicidad está escondida en lo más hondo de nuestras almas y no siempre se encuentra. O igual, es que normalmente buscamos en el sitio equivocado. La sociedad se encuentra agobiada por el consumo y todos empeñados con los bancos. La gente está preocupada porque sufre. Hay gente que sufre y se abraza a otra gente, y hay gente que sufre y lloran en su soledad. Hay gente que cuenta las horas para no aburrirse y hay gente que las manecillas del reloj se les quedan cortas. La gente, es sombra de su sombra. Todos tenemos una sombra que suele moverse igual que nuestro cuerpo. La sombra es una fotocopia de nuestro cuerpo que no se nos despegará jamás, y es cómplice y testigo de lo que hacemos.

— ¡Hilario!

— ¿Qué?

— Donde voy yo, va mi sombra.

A Hilario, a veces, le cogen desprevenido y no sabe que contestar. Hilario sabe que la gente sufre.

La gente sufre en silencio cuando los vientos soplan con furor. Todos sentimos momentos de tristeza y no siempre tenemos al amigo a mano para contarle nuestros problemas. Todos nos hemos sentido alguna vez un poco náufragos, desorientados y sin rumbo. Los amigos, cuando tienes problemas, te pueden traicionar e intentan evitarte.

— Oye. Tú eres mi amigo, ¿no?

— Sí, hombre. Pero si necesitas dinero o tienes problemas, nos volvemos a plantear nuestra amistad.

Los amigos, a veces, no son tan amigos y se esconden debajo de las piedras o hacen ver que no te han visto.

— ¡Pero hombre!, ¿ya no saludas? Si fuimos juntos al colegio.

— ¡Ah, sí!, es que no te había reconocido.

— Sí hombre, fuimos a la misma clase. A mí me llamaban el «Travolta».

- Ya, ya. Ya me acuerdo, ya. Tú eres el que me llamaba «cara de cráter» porque tenía mucho acné, y vacilabas con las chavalas, ¿no?

— Bueno Hombre, pero eso ya es agua pasada. Ahora ya somos mayores.

— ¿Y tú no eres también, el que me llamaba «cuatro ojos» y «gafitas de mierda» porque tenía miopía?

— Sí, hombre, pero de broma. De eso hace ya mucho tiempo.

— ¿Y no eras tú también el que me llamaba «empollón» y «pelota», y le decía a las chicas que parecía marica?

— ¡Joder!, qué memoria.

— Y tanto. La suficiente para recordar que aprobé la carrera de económicas y tú no pasaste de la básica con un aprobado pelado y porque dabas pena al profesor.

— Ya, hombre..., ¿sabes qué pasa? Pues..., que estoy en el paro y pasando un mal momento.

— ¡Pues te jodes!

Hay amigos rencorosos que no pasan ni una. La amistad es relativa como la vida misma. Hay jugadores que se guardan sus ases para utilizarlos cuando llegue el día. Es el castigo de la falsa moral y el rencor por el cual queremos medir nuestra amistad.

Gerardo Boadella, de setenta y seis años de edad y que se estaba muriendo de una fea enfermedad —por ley natural o porque a Dios le salían mal las cuentas—, quiso hacer un pacto con el diablo para que le alargará la vida. Lo que pasó es que hizo un contrato un poco chapuza, de esos de los que hacen hoy. Vamos, tipo ETT. Y que decía así: Reunidos por una parte el difunto Don Gerardo Boadella, de setenta y seis años de edad, casado, y de profesión muerto. Y por otra el diablo —de ahora en adelante la empresa—, acuerdan que: el primero se compromete a abonar su alma en las tinieblas a la empresa contratante por tiempo infinito e ilimitado, no pudiendo reclamar por concepto alguno responsabilidades civiles subsidiarias referentes a dicha ánima. Y, para que conste en acta y a sus efectos, los abajo firmantes se comprometen y aceptan cumplir las bases anteriormente dichas. Barcelona a, etc..., etc..., etc... Pero el diablo, que es muy listo y que siempre está en la onda, le dio sólo cinco minutos más para morir. Esto de los contratos se tendría que revisar y regularizar un poco, aunque sean pactos con el diablo. Los vivos antes de morir, se tendrían de espabilar y exigir sus derechos y formar un sindicato. En los contratos con el diablo es aconsejable leerse la letra pequeña.

Cuando uno se muere —aparte del muerto—, la familia y los amigos van al entierro. A más de un vivo le gustaría saber quien asistirá el día de su entierro. Los muertos no tienen por costumbre levantarse del féretro porque asustarían a los vivos. Aunque más de un muerto se debe de quedar con las ganas apretando los puños con rabia.

— Mira el hijo de puta ese, que siempre me estaba haciendo la vida imposible y ahora es un mar de lágrimas. ¡Qué cabrón! Si pudiera incorporarme le pegaba un susto que se iba conmigo.

El duelo de los muertos es la gula de los vivos, que una vez acabada la ceremonia y de darse los pésames a lágrima viva, se ponen hasta las botas de canapés y de cava. Más de uno sale borracho de un entierro. E, incluso, se le

escapa algún chiste de muertos y la gente se parte de risa. El muerto al hoyo y el vivo al bollo; ya se dice. También hay gente que no llora ni en los entierros.

Quien no sabe llorar, mejor no fiarse de él. La gente debe de llorar, por lo menos una vez en la vida. Y reír, importantísima cosa esto de saber reír. Quien no sabe reír, mejor no fiarse de él tampoco. La gente normal llora y ríe, y patalea, y dice tacos, y tiene malos pensamientos. Las flores también lloran en el parque porque nadie les hace caso, la gaviota un día de estos también se cansará de volar y se morirá de tristeza en el mástil de algún viejo barco.

Lo dulce de una novela es el final, ver terminada tu obra y respirar tranquilo. Ramón Cárdenas pone corazón a la literatura y quiere hacerse viejo escribiendo y contándole a la noche mil mentiras; todas ellas ver-dad. Él se siente a gusto así, y no quiere despertar de su fantasía.

Es bonito saber que el amor existe. David Cánovas Llongueras, que es poeta, hoy está radiante y contento como un jilguero.

- ¡Hilario!
- Dime David, dime.
- Hoy, voy en busca del amor y lo encontraré. Hoy, todo es pasión y puedo derretirme con una mirada cómplice de mi amada.
- Caray, hoy si que estás inspirado de verdad.
- Hoy, hay que amar cueste lo que cueste. ¡Aquí no hay límites!
- ¡Qué delirio escucharte, hijo!
- ¡A que sí?
- ¡Hilario!
- ¿Qué?
- ¿Tú tienes miedo de morirte?
- Hombre, no pienso mucho en ello. No creo que sea bueno.
- Pues un día seguro que te mueres.
- ¡Coño! Y tú. ¡No te jode!

Hay gente que tiene miedo a morirse y no aceptan el fin de la vida física. La ciencia del buen morir empieza por aceptar que somos mortales. Después, a partir de aquí, Dios dirá, que para eso Él nos creó. La vida es una máquina que

no tiene la maniobra de marcha atrás. Los ingenieros del cielo que la diseñaron no tuvieron en cuenta tan importante maniobra. O es que Dios así lo dispuso. Dios, creó al hombre a su imagen y semejanza, pero antes se hizo unos planos. Bueno, más que planos, lo que hizo fueron unos bocetos; nada, cuatro rayas que los pasó al departamento de ingeniería del cielo. En el cielo también hay un orden y las cosas les salen casi siempre bien.

Un cliente insoportable de Casa Paco dice:

- ¡Ha llegado el momento de ponernos a tiro! , en la misma línea de fuego, ¡con dos cojones!
- Pero qué dices, ¿estás tonto o qué?
- Lo que estoy es hasta los huevos, Hilario.

La gente se desespera cuando no encuentra soluciones a los problemas. Dios, inventó el mundo y también invento los problemas, más que nada para que estuviéramos entretenidos. Se ve que esto de ser totalmente feliz no debe de ser bueno. La vida se puede disfrutar con placenteros golpes de fortuna o se puede perder en un miserable instante. Las cosas pasan de repente y casi nunca se pueden evitar. Dios nos dio la vida y un par de dados, para que fuéramos probando suerte y nos fuéramos moviendo por las casillas de este tablero de juego que es el día a día. A Dios le hacen mucha gracia los truhanes que quieren hacer trampa y de cuando en cuando les concede alguna gracia.

Ramón Cárdenas poco a poco va cogiendo confianza a su novela.

Ramón a veces se siente deshabitado y solo, como desamparado. Ramón se da el capricho de vivir la vida. En su afán por escribir su novela, renuncia a echarse novia, porque igual no le entendería, ¡cuánto tiempo sin amor! Ramón piensa a veces en su soledad, su tiempo lo en-vuelve en varios escritos llenos de maravillosas y sinceras palabras, como un capricho que se quiere dar en esta vida. Ramón se atreve a escribir un pequeño trocito de poesía para desayunar que le llena como un croissant.

La Mónica, mujer divorciada hace cuatro días, se arranca a llorar de repente porque se ve que tiene una pena que le duele.

- ¿Qué te pasa, Mónica?
- Nada, Hilario, nada.
- Mujer, si lloras por algo será. Vamos, digo yo.
- Pues resulta que mi ex marido está con otra.
- Bueno mujer, eso es normal. Él, hace su vida y tú la tuya. Suele ser así la cosa.
- No, si eso lo entiendo. Lo que pasa es que se ha enrollado con mi madre.
- ¿Con la suegra?
- Mismamente.
- ¡Joder!, hay que tenerlos bien puestos.
- ¿Cómo dices?
- No. Nada, nada. Que es una putada. Vamos, creo yo.
- ¡Todos los hombres sois iguales!
- No, Mónica, no. Te aseguro que si tengo que acabar con mi suegra antes me hago monje. No tendría valor.

La gente tiene vidas misteriosas y viciosas. Hay relaciones que terminan como el Rosario de la Aurora y hay relaciones que terminan como una película de Passolini; con morbo y perversidad. A la gente le pasan cosas que normalmente no se imaginan el día de la boda. Cuando el amor se apaga, acaba uno aborreciendo a su cónyuge. Un día, por la mañana, puede uno levantarse y mirar al cónyuge cómo ronca, mirarlo con desprecio y darle un asco que es principio de final. El amor en la pareja no es un valor seguro y fluctúa como las acciones de la bolsa.

Hay mil lugares donde amarse sin llamar mucho la atención. Los adolescentes se aman en cualquier sitio y con más pasión que los adultos. La falta de experiencia se convierte en un maravilloso aprendizaje, donde las caricias acaban convirtiéndose en los primeros gemidos. Es un nuevo mundo por descubrir, un dulce despertar contemplado desde la más dulce inocencia, donde los primeros besos se improvisan y se inventan. Es como un sueño con alas que les hacen volar y despertar de su infantil niñez, que les hacen explotar como un volcán, como un fuego de artificio de bellos colores en el cielo, y cualquier tontería les hace reír inocentemente. Descubrir el amor es uno de los placeres que la vida nos dibuja con su magia. Los adolescentes se dan mil

besos sinceros y se construyen mil proyectos en el aire sin necesidad de darlos por escrito. Con quince primaveras, no hay muchas mentiras que contar. Los amores, a cierta edad, flotan como nubes atadas en un pañuelo que por el cielo van, parece que el tiempo se detiene y mil atardeceres acaban en intensas caricias con ganas de compartir sudores. ¡Ojalá que les vaya bien!

Ramón Cárdenas cuando no tiene dónde escribir, escribe en una servilleta un bello poema que se le acaba de ocurrir:

«Cuando te miro a los ojos se deshace una nube en el cielo y es principio de mi amor, de unas palabras que se me pierden entre la bruma, cosas que nunca me atreví a decirte, olvidando ya mis años de juventud y retrocediendo en el tiempo, como un reloj boca abajo. ¡Si te hubiera conocido antes!».

El último capítulo de cualquier novela, nos permitirá reflexionar y anticiparnos a las cosas de la vida. Ramón quema los últimos cartuchos para poder finalizar su obra que se aguanta en un firme andamiaje. Escribir una novela no es fácil y lleva su tiempo. Ramón cuando termine su novela ofrecerá su mercancía a un jurado, o a una editorial esperando que no se rían mucho. Los escritores de verdad son muchos y van a por todas. Los escritores de verdad tienen instintos extraños y a veces suelen resultar sospechosos de algo. Los escritores se tutean y se llaman de tú. Ramón Cárdenas escribe su novela que es como una maniobra de prestidigitación, y, cuando la tenga terminada, viento en popa y a toda vela.

Ramón se pide un café con leche.

- ¡Hilario!
- ¿Qué?, ¿lo de siempre?
- Sí señor, que esto va de molde.
- Me alegro chaval, me alegro.

Ramón Cárdenas, escribe historias que se aguantan en el aire. Historias frágiles, que en el mejor de los casos acaban en el archivo de su viejo ordenador, donde reposan en un frío disco duro, frío como el mármol, frío como una tumba. Palabras en compás de espera como en un purgatorio literario, como en un cementerio de palabras donde reposan en paz; sentimientos,

sensaciones, ideas y meditaciones varias, todas ellas debidamente almacenadas, y que con un solo botón; un solo y frío botón, es capaz de recuperar y devolverlas a la vida resucitándolas con una vieja impresora. Son como piezas que esperan encajar en el puzzle de la vida. Ramón Cárdenas se dispone ilusionado a leer el séptimo capítulo de A propósito de la vida (el último de los caballeros).

LAS FIGURAS DE CERA

Diario de don Fernando Castro y Torres

En una tarde entrada de primavera, encontrábame yo, don Fernando, paseando y contemplando las maravillas que la ciudad de Barcelona ofrece al que caminar le place, dejando la retina yendo a su libre albedrío y encontrando la belleza por donde menos se la espera por el final de la Rambla de Barcelona, paseo éste conocido en el mundo entero, y que aquél que no lo conociera va cojo en percibir maravillas, pues no hay mortal que no lo haya oído nombrar aunque fuera de referencias. Hallé cosa curiosa e interesante, una casa donde parecía que vivían personas que eran de cera. Una casa que era un museo, donde se exponían personalidades conocidísimas en el mundo entero. Y sin apurar mucho el pensamiento, vínome a la imaginación que lo que allí hallara, no sería tiempo mal empleado ni gastado en balde. Determine en buena medida, y como mejor idea, pagar entrada y tributo para acceder a la casa donde las personas eran de cera. Una vez dentro y con la aventura emprendida, recorrí todas las estancias, fijándome al detalle y a cada cual encontré más buena, siempre, bajo la fría mirada de unas personas de cera, que daban a aquella casa un toque de encantamiento y otro no sé qué de misterio.

Y como el tiempo no perdona y la hora ya era más bien avanzada por ser costumbre de relojes, el museo a la noche se cerraba echando el cerrojo hasta nuevo día. Y estando mi imaginación más pendiente de lo que veía que de la hora que se me echaba encima, pasóme el tiempo deprisa como la vida misma. Cerrábase el museo a cal y canto cuando fue su hora, quedando yo, don Fernando, encerrado en él, sin darme cuenta y sin ser visto de nadie. No encontré puerta ni ventana por donde poder darme salida. Encerrado y

prisionero me quedé en este sitio. Eso sí, como séquito y compañía, las personas de cera, me acompañaban inmovibles y estáticas en sus tarimas y pedestales, como es propio de tan peculiares moradores de tan fantasma! morada.

Gran respeto me causó tal situación, circunstancia y momento. Y que veía como cosa compleja hallar solución al problema en el que me hallaba. Y, habiendo visto que se tardaba solución a mi problema, tomémelo lo que se dice con filosofía, entendiendo y sufriendo en carnes en eso que llaman aventura, pues todavía dudaba de la verdad de mi circunstancia y el yerro de mi despiste. Busqué la salida una y otra vez por los cuatro costados de la sala. Y al no hallarla, preocupéme lo justo y lo medido, colmando a mi mente de preguntas y demandas, cada una con mil males. Viéndome sin remedio que había quedado preso de mi desorientación, acepto' mi entendimiento que iba a pasar noche en aquel mundo que parecía encantado, donde las personas que eran de cera, no se inmiscuirían con mi persona ni replicarían palabra alguna, pues de cera estaban hechas todas ellas y no de carne como el que esto cuenta.

Determine yo, don Fernando, aprovechar la circunstancia. Y para hacer andar al tiempo, camine una y otra vez por todas las estancias del museo de solo a solo con aquel mundo lleno de gente de cera, donde allí nadie se movía y donde reinaba un perpetuo silencio que asustaría a un espectro. Recorrí la sala llamada del «Recital», que es una sala donde se instalan la música y sus artistas. Causáronme admiración los músicos, Andrés de Segovia con su guitarra y Pau Casals con su violoncelo. En la sala de «Dictadores y Pacificadores» acerté a echarme a un lado para que no me viesan en exceso, pues allí, se encontraban nada más y nada menos que personajes de la talla como Adolf Hitler, Benito Mussolini y el General Rommel, que suelen ser personajes que aunque sean de cera, generan poca confianza y activan el asustador mecanismo de defensa y prudencia. Quédeme más tranquilo al aparecérseme la figura de Charles Chaplin que me engendraba más confianza que las anteriores. En la sala de «Artistas y de Genios», me encontré con Goya y la “Majo con el Greco y Velázquez; con Salvador Dalí y su musa Gala, personajes que en principio habían aportado más sustancia y ocurrencia a la sociedad que los dichos anteriores. De las parejas famosas, llamárome la

atención Marco Antonio y Cleopatra, y Napoleón y Josefina. En una sala «Dramática», estaba representada la enfermería donde el gran torero Joselito cambió la vida carnal por la divina, a Dios como testigo y el demonio en forma de un morlaco para llevárselo a los cielos. En «Viajes fantásticos», me encontré con Amundsen y Julio Verne, excelente explorador el primero y a la zaga el segundo le seguía salpicando de tinta el papel donde escribía. Y en la sala del «Terror», y estando en mi soledad como única compañera, empezaba a acentuármeme la aprensión al ver a Juana de Arco apunto de arder en llama, pues el fuego, que dicen que lo purifica todo, también puede llevar al error de lo purificado. A su lado y no muy lejos, la cabeza de María Antonieta estaba guillotizada en un cesto, separada del cuerpo y, a su vera, un ahorcado y un empedrado. Con muestras de mucho cansancio y, viendo que ya había visto todo aquello que había de ver, sentéme yo en un banco de esos de madera y quédeme dormido en un apetecible sueño.

En estas, que yo, don Fernando, en un estado de sueño en fase de vigilia, alertáronme unas palmaditas en la espalda notando la presencia de alguien que no era ni más ni menos que el hombre que custodiaba aquella morada de noche. Guardián del silencio y de las personas de cera.

Y así me dijo:

— A las buenas noches buen hombre, que el horario de visita ya ha cumplido. Y que por lo que veo, que a usted se le ha ido el tiempo al cielo sin saberlo y sin darse cuenta. Y dígoles, como guardián de noche de esta casa, pues ese es mi oficio, que en aquí, donde las figuras son de cera, no hay posible salida hasta que llegue el nuevo día.

A lo cual conteste’:

— Que me habéis asustado de grado, amigo vigilante. Que me llamo don Fernando, y como aquí parece, y que si esto no es engaño de mi entendimiento, el tiempo se ha ido a donde más gustase. Sea en buena hora nuestro encuentro amigo vigilante, que si hemos de hacer noche juntos yo daré traza para no comprometerle.

A lo cual me dijo el vigilante:

— *Fuera bueno a ver si halláramos solución para pasar las horas venideras, y sacar provecho de su despiste, y estese vos muy atento, pues ya se dice que la verdad puede ser castigo para aquél que la quisiera encontrar. Y que le cuento todo esto como hombre de prudencia, no sea que diese algún paso que no desease de andar.*

Incorporábame yo, don Fernando, de la banqueta donde había hecho descanso, con el cuerpo inclinado y la cabeza turbia en fase de sueño, preso de una incertidumbre que por hacer pasar tiempo empecé a decir palabra y comencé charla con mi nuevo amigo. Quedé prendido de un detalle, al ver un reloj colgado en la pared cuyas agujas no marcaban hora alguna, pues de ellas carecía. Y paréceme a mí, que un reloj sin agujas es un reloj desnudo. Y como pensar que un reloj no marca las horas es pensar cosa absurda, determine' por preguntar para disipar la duda.

— *Amigo vigilante; ¿cómo es que aquel reloj allí colgado y suspendido, no marca las horas como sería de menester?*

El vigilante echó mirada y me contestó con otra pregunta:

— *¿Cómo puede un reloj marcar las horas siendo de cera?*

De repente, y como si cosa del diablo se tratara, algunas figuras de cera empezaron a bajar de sus pedestales y parecía que cobraban vida. Iban unas de aquí para allá, iban otras de acá para allí. Atónito quedé, y empezando a temblarme las piernas como a un títere cuando su amo le mueve los hilos sin control ninguno, al contemplar trémulo, lo que mi persona estaba viendo de manifiesto. Y como no era cosa normal, dude de que mi sueño pasara a pesadilla en un instante, pues, no acertaba de ver si aquello era real o enfermedad de la mente, que, a veces, suele desordenar los pensamientos y contundir las cosas. De improviso, y con una tranquilidad muy aparente, y como si fuese cosa hecha de cada día, empezó a saludar el vigilante a las figuras de cera, que iban bajando de sus pedestales, incorporándose como cosa de lo más normal al mundo de los que tenían vida.

Se percató el vigilante de la blancura de mi semblante y el pasmo que reflejaba mi rostro. Y dijo éste para tranquilizarme:

- Sepa usted, amigo don Fernando, que aprenderá más una noche aquí que leyendo un millón de libros. Pues aquí, se encierran misterios que yo presto y gustosamente le contaré con suma diligencia si antes no cae en desmayo o pensamiento de locura. No se alarme ni dé muestras de miedo, que de todo hay explicación y entendimiento, aunque ahora no lo vea ni por asomo.
- No pongo en duda sus palabras —le dije—. Más, sería menester que comenzara a darme explicaciones y razones contundentes antes de que piense que estoy en profundo sueño. Y que lo que aquí estoy viendo sea travesura de la fantasía del siempre traicionero sueño, o fruto de todo el juicio perdido. O peor cosa, que fuera empresa del diablo, que tengo por entendido, que éste, al ser un gran insomne, nunca duerme y hace camaradería con las almas que de noche se les resiste el sueño. ¡Pellízqueme pues si no es verdad todo esto!
- No tema usted, don Fernando, y no se extrañe amigo mío de que las figuras cobren vida, pues siendo la cera una manera de immortalizarse y de conseguir la vida eterna, no hay más miedo ni más temor que el que pueda darle usted a ellos. Pues no es costumbre ver a los vivos de carne y de hueso mezclándose entre las de cera. Que para ellas, a estas horas de la noche —que ya son las doce dadas—, todo suele funcionar al revés de lo acostumbrado, y es cosa ésta, que llevan en secreto y que no sabe casi nadie. No temáis pues, que yo me encargo con diligencia a presentarle y mostrarle uno a uno, de sus defectos y de sus habilidades, pues es singular y bien distinta la historia que cada uno encierra. Y que si alguno le negara el saludo, no se apure ni ofenda usted, pues de todas las condiciones, índoles, naturalezas y entendimientos hay aquí representadas.
- No es terror ni temor alguno lo que aquí advierto, amigo vigilante. Pues mi vida ha durado ya bastante como para asimilar y calibrar la empresa que aquí se ve y que aquí se halla. Mas, ya que el destino así lo ha

querido, no le placería otra cosa a mi entendimiento no pensar que es cosa de demonios y embrujos lo que aquí se está engendrando.

Al oír estas palabras de boca de mi persona, escapósele al vigilante del museo una sonrisa que le cubría toda la cara. Y de repente, y como cosa de lo más natural, el vigilante empezó a hablar con las figuras de cera:

— Despertad las más perezosos, que ya es vuestra hora, almas de la noche, para hacer lo que os plazca pero con respeto a las leyes que os limitan. Que a veces, entráis a discutir en razones de las que no alcanzáis el diálogo y alabáis a vastas maniobras como vulgares truhanes. Sed prudentes y mejores galanes, y no os hagáis ministros de justicia que es un don este que no os pertenece por ser figuras de cera.

En éstas, que el vigilante le dice al siempre revolucionario Che Guevara que discutía en razones con otro militar de alto rango, que también era de cera pero de distinto pensamiento.

— Apagad ese maldito cigarrillo insensato, que es materia peligrosa para las figuras de cera, pues no sólo la cera de una vela arde, sino que también arden las figuras de cera como de la que vos estáis hecho.

El joven guerrillero, advierte aunque sea de cera, que el guardián tiene mando en esta batalla. Pues se dice que los galones entre los muertos carecen de plaza y de mando.

En éstas, que estaba yo, don Fernando, maravillado de lo que allí veía y me entraba por todos los sentidos, teniendo los ojos más abiertos que ventanales de balcones. El alma, cogida en un puño que me apretaba en todo el pecho y que me dificultaba la respiración, pareciendo entrar en un estado de apnea, que es falta de aire.

De repente, el mariscal Rommel, que en principio parecía de cera, hízome señales y gestos a mi persona para que me acercará y entrara en palabras con sus compinches Hitler y Mussolini, militares de mucho rango que siempre generaron más desconfianza que crédito alguno.

A lo que el vigilante me dijo con seria advertencia:

- *Atento, amigo don Fernando a según con qué amistades y tratos entráis, pues aunque los que aquí se hallan en su mayoría son gentes de buena fe y mejores intenciones, hay algunos que lían en sus redes como la araña a su presa. ¡Ignorad a estos caballeros que sólo os pueden traer problemas!*

En esto que la figura de cera insistía en su ofrecimiento, y dirigiéndose a mi persona así me dijo:

- *Amigo don Fernando, estese atento a lo que le cuento, pues yo le sabría dar solución a su dolor y ponerle fin al camino hacia la muerte, burlándonos de ella como el bufón suele mofarse de la corte, pudiéndole convertir en figura de cera y permanecer entre nosotros siendo la envidia de todo muerto. Piense usted, don Fernando, que todo el tiempo que viva de añadido, será igual a la soledad envidiada por los muertos en su sepultura sin acompañar al alma a salir del cuerpo. No le asuste tal empresa, pues en el mundo de la carne y del hueso se sufre y se padece, y aquí, basta con estarse quieto e inmóvil de día para que de noche se viva sin más sufrimiento ni dolor que el de no moverse de día. Pues, es este, un maravilloso modo de conseguirla vida eterna.*

A lo que yo, don Fernando, le dije:

- *Creo yo, y espero no caer en yerro, que es condición de la noche que las personas duerman y no despierten como hacéis vosotros, figuras de cera. Y que agradezco su interés por aliviar mi dolor. Pero yo, don Fernando, al final del juego de la vida, veo que la llama de mi candil se está apagando por ley natural y del destino, y que veo como cosa del diablo, pedir más cartas de las que me son de menester cuando ya se está acabando la partida. Pues la baraja, tiene las cartas contadas, y es propio de tramposos e ingratitud de caballeros hacer engaños con la muerte y en el juego, para romper las reglas y convertirse en alma tramposa y de segunda categoría. Pues sería cosa mala manipular la baraja como un trilero, cuando las cartas que se me han dado no son de mi agrado. Y no sé, si Dios, allá arriba, sabría darme licencia para que yo, un simple mortal, intentara cambiar su voluntad divina. Pues Dios Nuestro*

Señor, nos da unas cartas que tenemos que jugar en el transcurso de nuestra limitada vida. Y a los tramposos y a los trileros -con perdón y sin querer ofender a nadie-, a buen seguro que arden en el infierno, que es sitio donde mejor ardería la cera, pues otras materias menos combustibles hacen llama en las calderas del diablo tanto de noche como de día. Váyase el cadáver a la sepultura que es tierra de los muertos, y el alma a los cielos que es su lugar habitual. Pues los muertos, es costumbre que estén bajo tierra por ser ese su sentido, por ley de la vida y de la muerte también. Y que las ánimas, deben de subir a las más altas instancias limpias como patenas, pues hacer las cosas del revés es ir contranatura, y con esta empresa que usted a mí me ofrece, mi alma no tendría la misma virtud y calidad que se le exige a todo cristiano. Ya que la eternidad sería un martirio, y a los ojos de Dios y a la gula del diablo digna de gran castigo. Pues el juez dicta sentencia, la ley aplica, y el reo cumple la pena. Así ha sido siempre y así debe de seguir siendo.

En éstas, que la figura de cera insistía en sus pláticas y argumentos:

- *Sabed, amigo don Fernando, que el diablo no penetra en la cera. Pues éste, es nuestro escudo, impidiendo al alma salir del cuerpo, pues en estos menesteres mejor ir prevenidos y equipados. Os ofrezco con cortesía vender vuestra alma y poder hacer un trueque. Rechazáis ir al cielo, que por lo que me han dicho es cosa aburrida. A cambio, os ofrezco una vida eterna aunque sea de noche y en las tinieblas. No toméis a la muerte como una sentencia pudiendo engañarla como a un niño y elegir vivir una vida eterna. Que aunque podamos parecer fantasmas o almas en pena, no lo somos de ninguna manera, ¡qué caray!, somos figuras de cera y no hay porque buscarle tres pies al gato cuando éste no los tiene. Piénselo usted, que yo le doy margen y maniobra, y hágame saber alguna cosa antes del nuevo día, porque a esa hora, yo ya estaré inmóvil en mi pedestal y no podré contestarte ni replicarle en nada, no por mala educación, sino porque figura de cera soy. Y ahora, me sabrá disculpar, pues debo de hacer unas diligencias con ciertos caballeros.*

- *A su atención quedo. Y que antes de que salga el sol, sabré darle respuesta más sensata en la medida de mi entendimiento. Pues esto hay que pensárselo.*
- *Me hago a la idea. Esperaré pues su respuesta.*

No pasó ni una hora, cuando la figura de cera me pidió contestación. Y así le dije:

- *Que a esta conclusión yo he llegado a su insistente petición, que a la vez es algo absurdo para la razón: me niego a forrar mi ánima de cera, y de muy buena gana me voy al cielo, mas, advertiros quiero, que con esta verdad, os digo que: en esto de pactar con el alma, no quiero deber ni que se me deba, y poder subir al cielo limpio, puro y con las cuentas claras, ni hacerle a Dios desprecio ni burla como todo buen cristiano. Pues el hombre, tiene su destino escrito y no pretendo engañar a la verdad con la mentira. Yo no quisiera ser tercera persona a los ojos de Dios, ni sonámbulo perdido en un sueño camuflado de cera. Ahora soy hombre y luego seré espíritu. Pero me niego a ser de cera, pues mi alma quedaría atrapada en tal sutil e ingeniosa materia. Ya me guardaré yo de la ira de Dios. Pues el alma hay que cuidarlo y encomendarla al cielo, que suele ser el procedimiento para conseguir la paz eterna. Sed de cera si queréis amigos míos, pero sabed y ateneos a las consecuencias. Y yo, don Fernando, os hago esta pregunta:*

¿Lloráis las figuras de cera? Y si así fuera, que' sabor tienen vuestras lágrimas, que las buenas salen del corazón y suelen ser saladas, y que las falsas engañan con mil sabores todos amargos como el vinagre. No quiero ser de cera pues, ni tampoco que se me cierre el cielo que casi a pulso me he ganado. Y, A propósito de la vida; amigos míos, yo os digo que la divinidad de vuestro ingenio para engañar y hacer fraude al destino y romper los juramentos del buen cristiano, puede ser el peor de los castigos. Y que yo, don Fernando, me contento con ir al cielo antes de hora que arrastrarme por las tinieblas, porque después de muerto, no hay cera sino paraíso.

Y por decir, os digo más:

No quisiera ser instrumento del diablo aunque me ofrezcáis ocasión más favorable. Y como la cortesía no está reñida con las buenas maneras, así os digo: Los escritorios para el escribiente, el navío para el navegante y la cera para las velas, para que arda y se consuma, que suele ser su función natural. Pues vos, en vuestra cera tenéis vuestra propia sepultura. infinitas gracias, pero no me interesa tal empresa.

Pues, no hay sentencia con pena más severa, que la de vivir eternamente, no pudiendo ir al cielo por estar privado de la habilitación que a toda alma pura se le exige. Siendo pura locura engañar al destino que ya está escrito.

— *Entendemos vuestras razones y no hay más que insistir en el tema. Si no queréis ser inmortal, aunque sea siendo de cera, y preferís vivir entre los muertos bajo tierra, allá vuestro acierto y aventura. Y como le veo un poco de asustado y su cuerpo húmedo y caliente como les suele ocurrir a los vivos, mejor matamos aquí el tema, pues el sudor de su cara nos derretiría, que como vos ya sabe, somos de cera.*

En éstas, que ante tal agotamiento, quédeme dormido de segundas otra vez, más por cansancio que por velar el sueño. No debieron de pasar más de dos horas, cuando noté presencia de personas. Abrí los ojos y pude ver el sol entrar por las ventanas, de la misma manera que dos hombres vestidos de uniforme así me decían:

— *Que sabrá dar explicación su persona por pernoctar en morada ajena, pues ésta, implica el allanamiento de la misma. Y que, si su explicación no nos fuera de convincente, le pondríamos en presencia de autoridades.*

Escuchando esto, yo, don Fernando, levanté la mirada y di razones y referencias:

—*Que sabrán ustedes disculparme, que los descuidos de los ancianos a veces quitan verdad a la lógica. Y estense tranquilos que ahora mismo les doy razón de mi presencia, y verán como se lo digo de carrerilla. Y que les cuento esto que aquí vierte, estando tan despierto como si no hubiera dormido.*

Explicué con claridad y transparencia que su compañero vigilante, guardián de noche, me había dado licencia para pernoctar en el museo por no ser posible la salida.

A lo que los vigilantes contestaron:

- *Que sabrá usted disculparnos antes de entrar en discusión en esta controversia. Pues sepa usted, que de noche no hay más vigilante ni más cuerpo de guardia que las propias figuras de cera.*

En estas, que yo, don Fernando, alzando la vista, veía con estupor a aquel hombre que iba uniformado y que había sido mi anfitrión toda la noche, sentado en una silla al fondo de la sala. A lo cual indique con precisión.

— *A ese señor es al que me refiero.*

A lo que los vigilantes contestaron:

— *A ese que os referís, también es figura de cera y forma parte de la galería de personajes que aquí se exponen.*

En estas, que mi estupor iba en aumento, y comencé a pensar, que aquel hombre que fue mi anfitrión de noche, era cosa del diablo, que se suele disfrazar de todo, una cosa mala y del otro mundo. Pues mi mente empezaba a razonar lo que no quería y empezó a imaginar si todo fue verdad o todo fue mentira. Que, o, que yo me engaño, o esto ha de ser la más famosa locura que me haya pasado en vida. Y que mirando el reloj de mi pulsera, pude ver que coincidía mi hora con el reloj de cera, que la anterior noche de manecillas carecía.

NOTA DEL AUTOR

Amigo/a lector y lectora:

Esperando que te hayan gustado estas páginas que has leído en forma de introducción, y definido su argumento con la humildad con el ego sostenido de: A propósito de la vida (El último caballero), te ofrezco esta historia completa

que a tus manos pueda venir con el espíritu de las letras bien acomodadas en formato de novela.

Si has llegado hasta aquí leyendo con gracia y buena disposición estas páginas que te he ofrecido de lectura gratuita con estas hojas de cortesía de la segunda edición de mi novela, quizás significa que me abres tu alma como lector, que me das un voto de tierna confianza y que me dejas entrar por tu retina mis contadas y amenas historias que yo te cuento con todo mi empeño y deseo. Esto es cosa que me satisface y me llena de contento, por ser la finalidad del escritor ser leído del todo e ilustrado por el que aprecia a aquella ánima que le da a la pluma con el anhelo de ser leído algún día. Y por añadir te digo más: que si de mis sueños tuviese el secreto de ellos tienes mi noble palabra de que los compartiría contigo amigo y amiga lector y lectora. Pues es en sueños y en el desnudo papel, donde se suele mostrar el camino donde la tinta pigmenta y recorre como un afluente riachuelo su natural camino, para plasmarlo al final en sutil novela. Escribir con ilusión y humildad es como mostrar el alma desnuda. Y es entonces, en forma de generosidad recíproca y simbiótica, cuando el leyente queda satisfecho por la lectura total de la obra y el autor complacido.

Y para que puedas, si lo deseas, redondear tal empresa y terminar toda su completa lectura, puedes adquirir la novela entera para que la disfrutes con sustancia y entidad. Queda pues este ofrecimiento en estas líneas que salen de mi humilde pluma teñida de ilusión. Pues la tinta, ya se dice, que es siempre presencia inevitable y flotante en el papel donde se escribe para acabar en formato de novela. Para al final, conseguir una relación estrecha y persistente que es complicidad magnífica que se da entre lector y escritor, donde ambos

podamos completarnos y disfrutarlo con la historia más bella: ¡El placer de la lectura!

Tuyo para siempre.

Sergio Farras, escritor tremendista.

Para pedir la novela puedes hacerlo contra reembolso

PVP 16€ (IVA INCLUIDO) +



Mail: editpublidistribucion@hotmail.com